REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

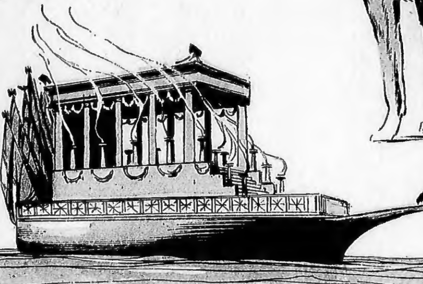
AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 5 DE 1934 — No. 39

VISTO Y OIDO ★ Altos Estudios para Lazarillo ★ por PREMIANI

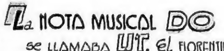


Los ACTORES CHINOS representan con DIBUJOS COLOREADOS en la CARA el carácter del personaje. En este caso el VERDE significa en ella el HORROR, el BLANCO y el NEGRO la RECTITUD, el ROJO la IRA. El conjunto representa un carácter BRUTAL.

En POTSDAM (Alemania), hay una ESCUELA de ALTOS ESTUDIOS para PERROS dedicados a guiar CIEGOS de la guerra. En un gran patio central de la escuela están figurados todos los peligros del tráfico callejero y el perro debe salvarlos felizmente, con un ciego, para recibir su diploma.



Los restos de NAPOLEÓN fueron repatriados desde Santa Elena en la fragata "LA BELLE POULE" y entraron por el Sena en París en una lujosa barca fúnebre mandada construir a propósito.



La NOTA MUSICAL DO se llamaba UT. El florentino DONI tenía dificultad en pronunciarla y la bautizó con la primera sílaba de su apellido.



En SUNDERLAND HOUSE de CARZON STREET, la srta. VIRGINIA BRETT ha dado un "BAILE en ORO". Desde el pelo de los participantes hasta los platos y servilletas del "lunch", todo era de áureo color, a veces de oro auténtico, a veces amarillo no más.



El primer PERIÓDICO COMUNISTA fué fundado durante la REVOLUCIÓN FRANCESA por BABEUF. Se llamaba "LA TRIBUNA DEL PUEBLO."

Crítica Sexta!... por DEMETRIO ZADAN

Ilustración de Parpagnoli

PROSIGO con mi vida. Con mi vida vulgar y sencilla. Con mi vida ausente de novela, como casi todas las vidas novelescas. Con mi vida, víctima de mi sensibilidad y de mi permanente lirismo. Con mi vida preñada de angustia y de inmensas ansias de ser dichoso. Con mi vida, que transcurre como los días. Iluminados y tristes. Más tristes que iluminados. Con mi vida que nunca supo de un amor, porque hace tiempo que está reñido con la miseria. Con mi vida que supo de todos los oficios y no se avino a ninguno. Con mi vida, que no me da una oportunidad, una sola siquiera, para labrarme mi propio destino. Con mi vida sin pasado, sin presente y sin porvenir. Que pasa a través de los días como agua de arroyo. Ni muy lenta ni muy veloz.

Tranquila, gris y uniforme...

★

Ahora soy periodista. Un poco por vocación. Otro poco por necesidad y un mucho por resignación.

¿Qué voy a hacer?...

La vida tiene sus exigencias, ante las que hay que doblegarse o sucumbir. Y yo, aunque no tengo grandes esperanzas de días mejores, tengo ganas, muchas ganas de vivir.

Se llega en la vida a gustar de todo. Del dolor, de la tristeza y de la miseria. Y yo ya me he habituado a ello. Hasta me parece que mi vida es eso, exclusivamente eso. Vigilias por pasiones fracasadas, deseos permanentes de comer, también frustradas, e ininterrumpidos sueños que no se realizarán nunca.

Decía entonces que ahora soy periodista. Es decir, que en cada mañana, azul o gris, para el oficio da lo mismo, dialogo con la ruidosa Royal de amarillenta dentadura, sobre cosas que pasan. Boquiabierta ante mi tedio y mi desesperación ahogada en tinta. Así transcurre nuestra conversación de todos los días. Y narro dramas que ocurren a los demás, porque el mío es demasiado vulgar y no interesa.

★

Me inicié en este mi oficio de ahora una noche del 12 de junio de 1929, en que la estereotipada indiferencia de la encargada me hizo saber que necesitaba la pieza aquella misma noche. Seis palabras bastaron para hacérmelo entender:

—Mitia, necesito la pieza hoy mismo.

Era como si me llamara Dios y me lanzara a la calle, al frío, a la noche y a la angustia. Pero era un dios con cara de perro, no como el de los cielos que tiene la piadosa imagen de las estampas con que se engaña a loscrédulos.

Y bueno. Así, con las manos en los bolsillos, y cara al cielo, sin saber a donde ir y con los ojos velados por la rabia, fuí andando por todas las calles de la ciudad. Hasta que llegué al edificio de CRITICA, ante cuyo mostrador de la reventa me inicié en el oficio de periodista. Lo recuerdo muy bien, sí. Cuando lancé el primer grito de CRITICA SEXTA, sentí que me hundía en la noche, como quien se hunde en un pantano.

Ocho y media de la noche. La hora de la "largada" está próxima. Niños, muchachos y hombres, todos arriados por un mismo viento, esperan el zumbar de las "Hoe", sobre cuyo vientre montan las matrices de plomo. También hay algunas mujeres, viejas y sucias.

Innumerables camiones, con los motores en marcha ya, aguardan las primeras "tapas" de la sexta, para cruzar la noche en todas direcciones. Un fiambrero vende sandwiches de jamones de sospechosa procedencia para los estragados estómagos de los "canillas" que se juegan las últimas monedas, mientras esperan la "largada".

Estoy entre todos ellos, con un miedo y una desconfianza que no puedo ocultar. Tengo la estúpida sensación de haber caído en lo más bajo. Y aunque quiero mantenerme fuerte frente a aquel raído montón de seres raídos, se me anuda la garganta.

¡Qué diablos!... Aquello era demasiado para mi sensibilidad



de niño, que creía en la bondad de los hombres y en la alegría de vivir.

★

Las rotativas estremecen ahora el edificio con su zumbar violento. Enormes sábanas de papel, verdes y blancas, se deslizan con vertiginosa velocidad sobre sus cilindros. Los primeros ejemplares son traídos al mostrador, hacia el que se extienden mil manos, callosas y sucias, mil bocas igualmente desdentadas, vociferando un solo estribillo:

—¡A mí Antonio!... ¡A mí Antonio!...

Y es cuando puede afirmarse sin vacilaciones:

—Dante no vió nada...

Cuando se hubieron dispersado todos, sembrando la noche de gritos y de noticias, me acerco tímidamente al mostrador, donde un hombre alto y fuerte me mira con desprecio. Pido 20 ejemplares, y salgo a la calle...

Con paso vacilante y sin decidirme todavía a lanzar el primer pregón, pienso en los amigos que me vieron educarme en el colegio de don Pancho. En la expresión de estúpida lástima que asumirán sus caras, si me ven vendiendo diarios. En los que me hacían quizás un exquisito poeta, y me encontrasen voceando el último crimen.

Tonto de mí. Aun no sospechaba que era lo mismo vender un diario que redactarlo, porque acababa de abandonar las aulas, munido de un diploma que no habré de utilizar nunca y de prejuicios que habrán de inhibirme para la lucha por la vida.

★

Ahora ya no camino. Corro.

Corro, agitando un diario en lo alto:

—Sexta, con el tiroteo de hoy... ¡Muertos y heridos!... ¡Sexta!...

Los teatros y los cines devuelven a la calle toda la gente almacenada sobre sus butacas desde hace un rato. Todos salen con la impresión del último beso de celuloide. Sobre el mármol amplio del amplio hall, decenas de canillitas gritan las últimas noticias. Yo, entre ellos.

—¡Sexta!... ¡Sexta!...

Algunos protestan por el espectáculo que acaban de ver u oír. Otros todavía están dominados por el manoseo impuesto por la oscuridad. Sigo gritando:

—¡Sexta!... ¡Sexta!...

Mientras grito, temo. Temo encontrarme con alguno de mis compañeros de colegio. O con alguna persona que me conozca.

—Pst

Me chistan. Acudo. Levanto los ojos, y lo inevitable. Sus ojos me miran desmesuradamente abiertos. Muy abiertos. Aun hoy no me explico el porqué de aquel asombro.

—¿Vos, Mitia?...

Yo no respondo nada. Sólo bajo los ojos. ¿Qué iba a decir?... ¿Para qué iba a decir nada?... Vuelve la misma pregunta y la idéntica admiración:

—¿Vos, Mitia?...

Al fin me decido y huyo...

Lejos ya del umbral de aquella odiosa sala y de aquel previsto encuentro, envuelto en la oscuridad de la noche que no quiere hacer el favor de ocultarme a la estúpida compasión de los que sólo saben asombrarse frente a la desgracia ajena, sin solucionarlo nada, sigo gritando:

—¡CRITICA SEXTA!... ¡Diario!... ¡Sexta!...

Son las cuatro de la mañana. Sentado sobre un banco de plaza, recuento el fruto de mi jornada. Son veinte monedas de diez centavos.

Junto a mí, un viejo rotoso, duerme el fracaso de su vida, amparado por las estrellas. Lo miro y me horroriza la idea de que la mía puede tener idéntico fin. Me voy. Mientras ando por la muelle oscuridad de la noche que comienza a irse de la ciudad, mujeres de cara y alma despintadas, salen de los cafetines y de los cabarets. Con el mismo orgullo y el mismo cansancio con que los obreros abandonan las fábricas.

Es el fin de la jornada, que no sabe de jerarquías gremiales.

Cuando pasan a mi lado, no se me insinúan, simplemente porque no tengo aspecto de cliente para la aparente hospitalidad de sus lechos, que son suyos, y son de todos.

Sigo andando. Sin rumbo. Es difícil trazarse un rumbo en la noche. Pasan sobre mi cabeza grandes letreros luminosos y los carteles débilmente iluminados de los hoteles de a peso. Hay sobre todos ellos estampada la misma ironía: "Camas para caballeros desde $ 0.60".

Pienso en las camas. En los caballeros y en los 0.60. Y sigo andando. No me decido a compartir la compañía de los misteriosos caballeros de aquellos hoteles, el fracaso de cuyas vidas consta en voluminosos prontuarios policiales.

Las horas pasan y el sueño amenaza con rendirme. Es inútil seguir haciendo silogismos sentimentales. Hay que dormir. Presiento que no tendré más remedio que compartir la sospechosa hospitalidad de las camas de 0.60.

Y sigo andando...

Mientras las calles se deslizan lentamente bajo mis pies cansados, pienso en las camas de aquel enorme dormitorio del colegio de Olivos, donde jamás tuve miedo a la noche.

Es inútil, me falta experiencia de vida. Y ahora, ésta no se apiada de mí para nada.

Me detengo frente a cada uno de esos hoteles de frentes agrietados y delictuosos, los vuelvo a contemplar un rato, y dejo nomás que el sol enrojezca las nubes al amanecer, y sigo andando...

★

La ciudad despierta lentamente, y lentamente se va animando. Y yo comienzo a sentir el peso de la vigilia. Un sueño auténtico e inaguantable me abate. Me metí en una lechería, desde cuya vidriera contemplo el cielo. Y sorbo un café con leche de una tibieza extraordinariamente cordial.

Los tranvías rayan el alba con rabia y con estrépito, como si también ellos tuvieran sueño y los hicieran correr. Obreros y empleados van sentados, cabizbajos y mecidos por el balanceo de los coches, parecen niños, medio somnolientos aún.

En los tachos de basura, boquiabiertos sobre las veredas de la ciudad, perros atorrantes husmean y revuelven los desperdicios, y los gatos se lamen con gracia.

Salgo nuevamente a la calle, decidido a alquilar una cama junto a alguno de los ignorados caballeros de 0.60 la cama. A pesar de mi decisión, me domina aún el miedo. Un hombre, malhumorado y sucio me conduce a una habitación, donde cuatro hombres desdichados y malolientes, duermen aún.

Siento unas náuseas infinitas. Un olor a sucio, a sudor y a tabaco amalgamado por el abandono, impregnan por completo el ambiente. Nunca creí que los hombres podían abandonarse hasta tal extremo.

Quisiera decirle a aquel hombre que me devuelva de nuevo a la calle. Pagarle e irme de nuevo a respirar el aire puro de la madrugada. Pero tengo miedo hasta de eso, de pedir que se me libre de aquella pestilencia.

Me acuesto. Observo la cara de aquellos hombres, de expresión criminal hasta en el sueño, que es cuando dicen el hombre es más puro. Recuerdo haber oído hablar de Dios, que suele no abandonar a los débiles.

Y antes de dormirme también yo los invoco.

Y me duermo...

★

Cinco de la tarde. Las tinieblas avanzan sobre la ciudad, sin prisa. Salgo a la calle y juro no volver más a aquella pocilga inmunda.

Respiro a boca llena. Se encienden los primeros avisos de tubos, y comienza el juego de colores que habrá de prolongarse en la noche. A pesar de los que estén tristes y no tengan a donde ir. A pesar de los que habrán de pasar la noche, andando sin rumbo.

Libertad y Corrientes. La esquina del delito con cuello, corbata y camisa limpia.

★

Vuelvo a la lechería donde me sorprendiera la madrugada en tantas cavilaciones. Las monedas que aún me quedan, no dan más que para un nuevo café con leche, nauseabundo y cordial. Otra vez la vidriera, pero ahora recortando un pedazo de noche, a manera de los telones de fondo de los teatros. La gente pasa apurada por el frío y se oyen los primeros pregones callejeros que anuncian un crimen nuevo, siempre igual.

Salgo a la calle. Las cuatro direcciones me parecen iguales y emprendo indiferentemente en cualquiera de ellas.

—¿A dónde voy?...

Eso es lo que yo mismo me pregunto, mientras pasan corriendo a mi lado demacrados canillitas, voceando sucesos extraordinarios que no han sucedido. Ni sucederán.

Mientras retumba en mis oídos el pregón de la quinta, me digo a mí mismo que no habré de volver más a la venta de diarios. Que me quedaré sentado en un banco de plaza, y cuando ya no pueda más, de hambre, o de tristeza, me iré al río a sumergir mi desgracia.

—¡Qué embromar!...

Y sigo caminando por Corrientes abajo.

★

De nuevo las nueve de la noche. La hora de la "largada" de la Sexta. No sé si volver al mostrador de la reventa o volver a casa de mi madre, de donde me fuí una tarde con intención de no volver nunca más. No sé si ir a golpear las puertas de algún amigo, y pedir amparo contra la noche. Ni si recostarme contra el muro de un edificio cualquiera y esperar. ¿Esperar qué?... No sé. Esperar, con resignación como esperan los judíos, que hace muchos miles de años esperan y no se quejan.

Me detengo en mi camino. Un verdadero torbellino de cosas, me arremolinan el cerebro. Siento que no puedo más. Pero hay que andar.

¡Guay del que se detiene un solo instante en su destino!...

La verdad es que volví aquella noche al mostrador de CRITICA, en busca de los multicolores ejemplares, cuyas primeras páginas siempre han traído la noticia sensacional que hacía falta a mi estómago condenado a café con leche.

Y así muchas noches más. Hasta que me venció el dolor y la humillación. Entonces, fué cuando decidí volver a Olivos, donde don Pancho, me hizo de nuevo un lugar junto a sus barbas y a su corazón.

Aun hoy, sentado frente a la máquina en que tecleo los crímenes que vocean los demás, vive en mí el recuerdo de aquellas noches de junio de 1929. Y así ahora. Contrito por la misma angustia, e incertidumbre, dejo pasar los días de mi vida en la mayor de las desesperanzas.

Y es porque cada vez le tengo más miedo a la vida...



Un Suceso en el Casino

EXISTE un lugar en el continente europeo (sin nombrarlo mis lectores sabrán a cuál me refiero), adonde llegan las personas más elegantes y conocidas del mundo. La naturaleza ahí es espléndida, pero no son precisamente las flores y el cielo azul lo que atrae a ese lugar a todo el mundo: ahí juegan a la ruleta.

Cierta hermosa mañana, como son casi todas las de ese lugar, en el horizonte de la bahía apareció un vapor. Era un gran acorazado ruso que volvía de un viaje alrededor del mundo. Paró a unos tres kilómetros de la costa y tiró el ancla justamente frente a las ventanas del casino.

Con un buen largavista se podía ver muy bien la bandera y los marineros, que corrían por la cubierta. Una hora más tarde se acercó a la costa una lancha con oficiales, que durante varios meses no pisaban tierra firme. Más tarde supimos que el capitán del barco, Steiner, un viejo lobo de mar, llamó a todos los oficiales a su camarote y les habló en la forma siguiente, más o menos:

—Señores oficiales: todos ustedes saben qué edificio es éste que vemos frente a nuestro barco. Seguramente también saben ustedes que en la ruleta sólo se pierde. Sin embargo, yo no les voy a prohibir la entrada en la sala de juego, pues estoy seguro que ustedes igual irán sin mi permiso: vayan, pues, y jueguen si quieren. Únicamente les prevengo que si hacen cualquier disparate les dejaré arrestados en el barco hasta nuestra llegada a Kronstad. ¿Comprenden? Ahora pueden hacer lo que les plazca.

Durante tres días los oficiales del acorazado aprovecharon el permiso del capitán; los pasaron en el casino dejando sobre las verdes mesas sus sueldos de varios meses. Al terminar el tercer día todo estaba terminado: ni uno tenía un franco en el bolsillo.

Entonces los oficiales volvieron al acorazado, resolviendo no bajar más a tierra durante la estadía del vapor, pues para un joven sin dinero ningún lugar representa interés, ni el paraíso mismo.

Al cuarto día una lancha se dirigió a la costa, llevando un solo pasajero: el capitán del acorazado.

El dió una vuelta por la ciudad, llamando la atención de todos por su flamante uniforme y sus condecoraciones. Después de pasear por el parque entró al casino. Tenía deseos de ver el lugar de tristes recuerdos para sus oficiales. En la sala llena de gente su presencia no llamó la atención de todos como en las playas y en el parque. Aquí reinaba un solo interés: por la bolilla mágica y caprichosa que corría en la ruleta. El capitán quedó un rato al lado de una mesa contemplando el juego y maquinalmente sacó de su bolsillo una moneda de oro, y, como sucede con las personas que nunca han jugado, ganó.

Una media hora más tarde delante del capitán había un montón de fichas. El ganaba todo el tiempo, aunque jugaba de una manera imprudente. Alrededor de él había una muchedumbre de curiosos contemplando el juego de las personas a quien sonríe la caprichosa fortuna.

Como sucede en casos análogos, el capitán no se levantó a tiempo y al final de la noche perdió toda la ganancia y todo su dinero.

Al volver al acorazado, el capitán íntimamente se prometió no volver a la sala de juego. Lamentaba el dinero perdido y le daba rabia que él, después de dirigir el sermón a sus oficiales, se había portado como un chiquilín. Pero ya no había remedio; lo principal era no repetir la tontería.

Al otro día, apenas abrieron el casino, el capitán ya estaba en la mesa de juego. Delante de él había una tarjeta en la cual él apuntaba el color y los números que salían más a menudo, lo que significaba que el vicio del juego tomaba en él un rumbo peligroso. De nuevo pasó todo el tiempo en el casino y de nuevo salió sin un franco.

Lo mismo sucedió al tercero y cuarto día. Al principio jugaba con la plata que tenía, luego empezó a pedir a Rusia sumas grandes y más grandes, las que el encargado de su estancia le mandaba telegráficamente. Luego no apareció más por el casino.

★

Al día siguiente el portero uniformado llamó al escritorio del señor Grimaldi, director del casino.

—Un señor desea hablarlo—dijo, entregando al director una tarjeta de visita.

Grimaldi encarnaba en sí el prototipo del hombre sin patria, sin conciencia y sin principios morales. Pero por su aspecto exterior parecía un "gentleman", con muy finos modales.

Al leer en la tarjeta el nombre del capitán Steiner, capitán del barco, Grimaldi preparó la más amable y encantadora de sus sonrisas.

—Hágalo pasar—dijo al portero.

Apenas el capitán pasó el umbral del escritorio, Grimaldi corrió a su encuentro con la mano extendida.

—Capitán, soy muy feliz de verle en mi casa. ¿A qué se debe tan alto honor?

El capitán, fríamente, dió la mano al director y se sentó en un sillón de cuero antes de que el dueño tuviera tiempo de hacer la acostumbrada invitación.

—Somos casi vecinos con usted —dijo—; mi acorazado está frente a sus ventanas.

Grimaldi, que notó el gesto algo despreciativo del capitán, fingió no haberlo visto, y dijo:

—Es verdad, somos vecinos; ¿de manera que es debido a nuestra vecindad que responde su visita.

—No del todo; es una visita de negocios.

Grimaldi quedó alerta: no le agradaban visitas de negocios en el edificio del casino. Pero no demostró sus temores y contestó respetuosamente:

—¿En qué puedo serle útil?

—Se trata de lo siguiente: hace varios días estoy jugando en su casino. Al principio gané algo, luego perdí todo lo que tenía; me hice mandar plata de Rusia y también la perdí.



—¡Qué lástima! — exclamó Grimaldi — hay que esperar que usted recupere su dinero; eso sucede muy a menudo.

—No se trata de eso; el asunto es mucho más serio de lo que usted cree; como no tenía más plata propia empecé a jugar con la del Estado y perdí cuatrocientos mil rublos.

La cara del director del casino cambió como por encanto: el visitante pasó de la categoría del cliente a la de un individuo poco interesante y hasta molesto y peligroso. Conocía muy bien a todos estos cajeros y empleados, los que perdían en el casino la plata de sus patrones y venían exigiendo que se les devolviera el dinero, amenazando con el suicidio. Sin contar algunos casos excepcionales, esa gente aceptaba 100 francos y 1 boleto de regreso y desaparecía para siempre. Pero esta vez el visitante le pareció al capitán más peligroso que los otros y resolvió liquidarle lo más pronto posible.

—Yo no sé capitán —dijo Grimaldi fríamente— para qué usted me cuenta todo esto. Nadie lo obligaba a jugar, la dirección del casino no lo mandó llamar y usted es responsable de sus actos. ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? ¿En qué puedo servirle?

El capitán contestó completamente tranquilo:

—Ahora se lo explicaré. Imagínese que yo vuelva a mi país con la caja vacía. Usted comprende muy bien que para una persona de mi categoría hay en este caso una sola solución: el suicidio.

—¡Ah!, la común amenaza interrumpió secamente Grimaldi—; ahora usted me va exigir plata bajo la amenaza del suicidio que usted nunca realizaría.

—Tiene usted razón —contestó el capitán—; nunca lo haré, pues no habrá necesidad de hacerlo. Los cuatrocientos mil rublos que yo perdí usted me los devolverá; la otra pérdida no se la pido.

Grimaldi lo miró con lástima.

—Usted está loco. Si devolviéramos a todos la plata perdida tendríamos que cerrar el casino. ¡Devolver cuatrocientos mil rublos, o sea ciento cincuenta mil francos! Es un deseo muy modesto el suyo...

El marino, de repente, se levantó de su asiento y se acercó al director. Este se echó hacia atrás asustado por el asalto; el capitán, tranquilamente, sacó de su bolsillo el reloj y lo dejó sobre el escritorio.

—Basta de charlas —dijo sin levantar la voz—; hablaremos seriamente: mis condiciones son las siguientes: ahora son las once, si a las once y cinco usted no deposita sobre esta mesa cuarenta mil rublos, pero no en cheque, sino en efectivo, volveré en seguida al acorazado y ordenaré romper fuego sobre el casino. A la distancia de tres kilómetros haremos desaparecer la casa y a todos los que están en ella.

Grimaldi palideció de miedo, aunque no pensó en la posibilidad de que la amenaza se convirtiera en hecho; simplemente creyó que el capitán se había vuelto loco. Este pareció adivinar su pensamiento y agregó:

—No crea que hablo en broma o que estoy loco; hablo seriamente; usted es un hombre inteligente y debe comprenderme. Como ya le dije, en caso de no recibir el dinero no me quedará otro remedio que el suicidio; pero quiero tener el gusto, antes de mi muerte, de hacer desaparecer este maldito nido. Mis oficiales y soldados procederán bajo mis órdenes. Le aconsejo resolver el asunto lo más pronto posible, pues ya han pasado dos minutos.

Grimaldi comprendió que el asunto era serio. Se levantó de su asiento, apretó fuertemente el timbre, y dijo:

—Yo también hablo seriamente; le demostraré que tenemos leyes, aunque sea usted el capitán de tres acorazados, ordenaré que lo arresten por extorsión. Veremos lo que dirán al respecto sus superiores.

El capitán sacó del bolsillo la cigarrera y prendió un cigarrillo.

—Usted en vano pierde un tiempo precioso —dijo tranquilamente—. ¿Será posible que yo no previniera la posibilidad de esta respuesta? En el acorazado mi ayudante tiene un sobre cerrado; si dentro de media hora no regreso al vapor, él abrirá el sobre, leerá mi orden y empezará el ataque.

Grimaldi se dejó caer en un sillón. Tuvo tiempo de darse cuenta que el marino tenía mejores barajas que él, que él había perdido y cuando se pierde hay que pagar: ésta es la ley del casino.

—Dígale al cajero que me mande ciento cincuenta mil francos.

Cuando el portero salió, Grimaldi, rabioso, dijo al capitán:

—Usted recibirá su plata, bandido; pero yo también le pongo una condición: que se vaya usted al diablo hoy mismo con su maldito acorazado, para que yo no lo vea más...

El capitán se encogió de hombros:

—Nada tengo que hacer aquí.

Grimaldi pasó muy mal el día y peor la noche. Lamentaba los ciento cincuenta mil francos y le dolía que un marino lo venciera con tanta estrategia.

A la mañana siguiente, apenas bajó de la cama, se acercó a la ventana de su dormitorio para convencerse que el maldito acorazado se había ido. ¡Horror! Seguía en su lugar y ni la más leve humareda demostraba que se preparaba a levantar el ancla.

—Seguramente al mediodía— se consoló Grimaldi.

Pero el acorazado al mediodía tampoco se movió de su lugar. Todo lo contrario; una lancha bajó del acorazado dirigiéndose a la costa, y con su buen largavista Grimaldi pudo ver los uniformes de los oficiales. El director del casino caminaba a lo largo de la habitación como una bestia enjaulada, esperando con impaciencia el momento de abrirse el casino. Luego llamó al primer cajero y le preguntó si estaban en la sala algunos de los marinos rusos.

—Algunos vienen, pero muy pocos —contestó el interrogado—; sólo el capitán juega mucho como siempre.

—¡Cómo! —exclamó Grimaldi—. ¿El capitán está jugando? ¡Llámelo en seguida!...

El cajero, extrañado, miró al director del casino.

—Pero ¿cómo? ¿Usted sabe que es un personaje? ¿Cómo le voy a llamar?

—Haga lo que yo le mando y quédese tranquilo; si yo lo llamo él vendrá.

El cajero se fué y volvió unos momentos más tarde. En su cara bajo la máscara de un obediente servidor, se notaba un gesto burlón.

—El capitán se niega a venir, dice que nada tiene que ver con usted ,y si usted lo necesita puede bajar a la sala del casino.

Grimaldi se puso rojo de ira, y empujando al cajero corrió escalera abajo hacia la sala de juego. El cajero apenas pudo alcanzarlo.

Al entrar en la sala Grimaldi examinó con atención a todos los presentes, que eran todavía pocos, pero no vió al capitán en ninguna parte.

—¿Dónde está el capitán? No lo veo en la sala—dijo al cajero.

Este le contestó extrañado.

Pero si allá está. ¿No lo ve usted? Está jugando...

Y le señaló al director la pesada figura de un marino completamente abstraído por el juego. Grimaldi se acercó, experimentando la mayor emoción de su vida. El capitán Steiner, que estaba jugando, y el marino que le extorsionó ciento cincuenta mil francos, eran dos personas distintas...

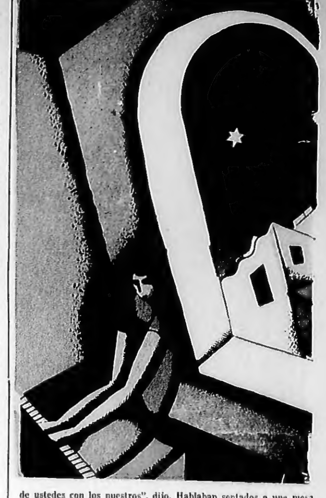
Recién entonces comprendió Grimaldi el ingenioso chantage, cuya víctima era él; algún chantagista, observando durante varios días las pérdidas del capitán, concibió la atrevida resolución de hacerse pasar por él, y bajo la amenaza de bombardear el casino, obtuvo de la caja ciento cincuenta mil francos. Grimaldi, de esta manera, había perdido en una forma más tonta y humillante todavía. Le quedaba una sola solución: tragar la píldora en silencio para que nadie se enterase de su fracaso.

—No tengo mayor interés en hablarle —dijo al cajero— si el capitán no quiere subir a mi escritorio; total, el asunto no me interesa mayormente. El cajero miró al director del casino y sonrió irónicamente; se dió cuenta que algo interesante acababa de suceder y daría mucho por saber de qué se trataba...

POR ROGER REGISSE

ILUSTRACION DE ROJAS

La Irreconocible Imagen de Ella



QUE extraño aquel sueño. Estaba parado ahora frente a la ventana, abierta a una noche y a unas estrellas de presencia tan real y viva que sintió miedo. Se había acercado allí para refrescar su cabeza con la fresca brisa nocturna. Le parecía que acababa de llegar de un largo viaje. Fragmentos del sueño reciente flotaban aun en su alma: penumbrosos trozos de recintos y calles, la delicada y huidiza figura de aquella mujer alta y delgada que le miraba insistentemente desde el misterio central de una vida asomada a sus ojos ansiosos y oscuros, y su voz. Porque en aquel salón mutilado del sueño —¿el de su tía Leonor, el de la familia Bonin, acaso— ella había cantado junto a un piano chupado en las sombras y como reclamado por un distinto mundo, una extraña canción que hablaba del desamparo de un mar sin puertos ni riberas; de la larga espera de un hombre en un muelle devastado y el mudo silencio de los ríos que llegaban al mar, sollozando, como si en las tierras interiores ocurriera algo extraño y vedado. Recordaba casi todas las palabras de la canción. Lo que no podía recordar era la música. Pero aquel grito, aquel grito final que le despertó y que ella lanzó avanzando hacia él desde el fondo del sueño "¡Ah! ¿Por qué me besas ahora si no es para siempre?" estaba fijo en él, como fijas estaban en ese instante en su vida la ventana, las estrellas y la noche. Volvió a la cama. Nuevamente hundió su cabeza en la almohada blanda, el rostro vuelto hacia la pared, en la oscuridad perdido. ¿Por qué aquel mar? ¿Por qué aquella canción? ¿Por qué aquel sueño? Es casi la imagen de la mujer que yo he soñado siempre, pensó. Pero la imagen de lo mejor que existe en nosotros no se logra en la realidad, sino en los sueños de la vigilia y la noche. Y sonrió. Sonrió porque apareció ante él su vivir cotidiano, las pequeñas y grandes cosas de su diaria vida, las calles familiares, los edificios, los rostros de las personas que trataba. —¡Eh!, señor Claire: que se ha olvidado de firmar usted esta nota— y las puertas, las puertas por donde él entraba y salía una y mil veces.

★

Quizá aquella tertulia en casa de su amigo Dereyes lograra disipar su hastío. ¿Cómo hacer para saltar de pronto a una vida y un ritmo distinto? ¿Cómo romper la monotonía de esos días siempre iguales? Se encaminó hacia allá luego de la cena. Hubiera preferido vagar por la ciudad en vez de ir a casa de Dereyes, sentarse en las plazas y mirar las estrellas por entre las ramas de los árboles regresar tarde en la noche, cercana el alba. "Juguemos un tresillo antes, pidió Dereyes a él y a otro invitado. Tenemos tiempo. Mi mujer nos llamará luego para que pasemos al salón". Los tres hombres tomaron asiento junto a una mesa. Jugó. El espíritu ausente de aquel cerrado y exigente mundo que imponían las cartas que tenía en sus manos. Sólo veía la sonrisa de Dereyes, su cara bonachona, llena de permanente felicidad, y el rostro colorado y grave del otro hombre que tenía a su lado. Y la luz verdosa del salón, cómplice y testigo de aquel instante preciso, y los muebles. Pero, de pronto, casi deja caer las cartas de sus manos. ¿Dónde ha escuchado él esa música que llega ahora tenue y como desenterrada desde una habitación próxima? ¿Por qué le trae el recuerdo de un río, de una infinita pared y él junto a ella esperando algo? Gira la cabeza hacia la puerta. La señora Dereyes está allí e invita sonriente: "¿Quieren pasar al salón? Mi invitada la señorita Ille, va a cantar una canción al piano". Dereyes protesta: "Ya iremos, querida. Déjanos terminar esta partida. Amigo Claire, usted da". Pero él no puede quedarse. Siente que lo tiran desde el lugar de donde viene aquella música. Se levanta. No oye las palabras que le dirige Dereyes llamándolo y se encamina al salón tras la dueña de casa. Allí también hay una luz verde, difusa, que esfuma los objetos, que se pierde en el recuadro de una ventana abierta a la noche y las estrellas, y, junto a un piano, parte del cual se pierde en la penumbra, canta una mujer alta y delgada y de ojos oscuros, una extensa canción que habla del desamparo de un mar sin puertos ni riberas; de la larga espera de un hombre en un muelle devastado y el mudo silencio de los ríos que llegaban al mar, sollozando, como si en las tierras interiores ocurriera algo extraño y vedado. —Es un sueño, piensa él. Estoy soñando ahora otra vez como aquella noche. Pero en ese instante, uno de los invitados, impensadamente, derriba una taza de te. El ruido de la porcelana al chocar contra el piso, lo hace estremecer. Luego, las sonrisas, las voces, los gestos, un golpe de viento que en ese instante entra... No; no es un sueño. Avanza, entonces, resuelto. Ella parecía que supiera que él va a hablarla, porque se vuelve hacia él no bien se acerca al piano.

—Ya la conozco a usted. Quiero saludarla tan sólo ahora, en la vida, porque no me fué posible hacerlo vez pasada en el sueño.

Ella sonríe. Diríase que un secreto dolor asoma a aquella sonrisa. Alarga su mano y responde:

—Nunca he escuchado galantería igual; tan delicada, tan fina, caballero. E inclina un tanto su cuerpo mientras despeja con su mano los cabellos de su frente. El quedó mirándola, observándola, ansiosa, casi angustiosamente. Ella bajó entonces sus ojos y de pronto dijo, con cierta molestia:

—No debían existir los sueños. Hacen desgraciados a los hombres.

—O felices, respondió él. O felices. Se acercó, tomó su mano entre las suyas y preguntó presa de un extraño sentimiento de muerte e irrealidad:

—Illé: ¿por qué aquella vez que gritó usted el verso final de esa canción, me miró desesperadamente a los ojos? ¿Debo creer que es usted tan sólo un...

—No debían existir los sueños, repitió ella librando su mano de las de él y mirándolo duramente a los ojos. Hacen a los hombres infelices.

—Pero, ¿es posible?... ¿Es posible que los sueños se tornen realidad, Ille?, gritó él casi oprimiendo nuevamente su mano y presa de una viva angustia. ¿Es posible que sea yo tan dichoso?

—Hacen a los hombres infelices, repitió ella una vez más. Enferman la imaginación.

La señora Dereyes se acercó en ese instante. "Ah, ¿ya han sido presentados ustedes? Bien, bien. Señorita Ille: ¿cantará usted otra vez esa canción de hace un momento?"

—No; no puedo. Perdón. Ahora no. Debo irme.

El la vió alejarse con la señora Dereyes. La vió aun un instante detenida frente a un grupo de invitados. Luego otra vez su rostro vuelto hacia él, sus ojos oscuros, y aquella mirada sombría y desesperada. Quiso correr tras ella, pero sintió que un brazo lo sujetaba:

—No se me escapará usted ahora, Claire. Vamos a jugar otro tresillo.

Se apartó casi violentamente de Dereyes y se precipitó fuera del salón. En el vestíbulo, la señora Dereyes volvía de cerrar la puerta.

—¿Quién es?, imploró casi. ¿Quién es?

—Una amiga de una amiga mía. Mañana parte al extranjero.

—No. Es un sueño... Hecha de sueños...

—¡Ah! Usted siempre poeta, siempre han vehemente, señor Claire.

Pasaron meses. Claire volvió a atravesar las puertas, a chocar contra los mismos rostros, las mismas paredes, a oir las mismas voces, a ir y volver por las mismas calles. Tuvo otros sueños. Pero la imagen de Ille no volvió a aparecer más. Por volver a soñar con ella hizo al principio lo inimaginable. El tiempo fué alejando, luego, elrecuerdo de aquel hecho extraño. Una noche —había cenado con sus amigos, bebido en demasía, charlado hasta altas horas— sufrió una pesadilla. Flotaba él en medio de un cafetín, un sórdido cafetín portuario, donde había un mostrador de un amarillo intenso. Un hombre voluminoso despachaba tras él repetidos bocks de cerveza que al llegar a las mesas se convertían en sillas. Ille, media perdida en aquella penumbra de luz de vela, cantaba junto a un piano desdibujado algo incomprensible, en lo cual él creyó reconocer el molde de una conocida canción. La mirada de sus ojos oscuros, esta vez ojerosos, desolados y como cargados de una abyección profunda, que él sentía fijos en él, era desesperada y terrible. Quiso acercarse a ella pero tropezó con las sillas, que al caer inundaron el piso, y el rostro abotargado del cantinero, que le gritaba a la vez desde muy lejos y muy cerca, insultándolo. Y en medio de aquel derrumbe, la mirada de auxilio de Ille. Luego la cerveza que subía y subía hasta cubrirlo todo y ahogarlo, y sus gritos. Y otra vez en la vida, en medio de la noche, en su pieza.

No dudó un instante. Aquello era un llamado. Necesitaba encontrar a Ille. La señora Dereyes se rió mucho —igual su marido— cuando él fué a preguntar, con mal disimulada ansiedad, por aquella amiga de una amiga suya, que una noche cantó en su casa aquella canción de un mar desamparado sin puertos ni riberas. "Déjese usted de conquistas, Claire. Quédese a cenar y después jugaremos al tresillo". Recorrió diversos barrios de la ciudad. Pasó días introduciéndose en cuanto cafetín encontraba a su paso. Debo buscar un mostrador amarillo, se dijo. En el sueño había un mostrador amarillo intenso. La búsqueda se hizo cada vez más febril. Diríase que temía llegar tarde. En cuanto cafetín entraba, creía reconocer en alguna de las mujeres la mirada de angustia de Ille. Al fin, en una callejuela cortada, cerca del puerto, oyó sonar una tarde un piano eléctrico y creyó reconocer una voz. Corrió. Esquivó un pesado camión que casi lo arrolla y entró. Ille vino hacia él casi implorante.

—¡Cuánto ha tardado usted! ¡Claire: sáqueme de aquí!

Su misma voz, su misma ideal figura, ahora marchita; sus mismos ojos oscuros y luminosos, ahora apagados. Y tras ella, en el fondo, un piano eléctrico que continuaba sonando, un mostrador de un amarillo intenso, y detrás un hombre grueso, de rostro colorado, que despachaba bocks tras bocks de cerveza.

—¡Sáqueme usted de aquí! ¡Sálveme del sueño!, imploró ella retorciendo sus manos. El vaciló.

—Ille; esto es la vida.

—No. Es un sueño. Un mal sueño.

—Es la vida, Ille. La otra noche, sí, era el sueño.

Ella sonrió dolorosamente.

—No. Hace meses que estoy aquí, perdida. Usted puede salvarme, Claire. Usted es el único.

—A eso he venido.

—Deje esa vida suya y venga a mí. Sólo su muerte logrará salvarme. Y explicó que no se podía penetrar en aquel sueño de ella misma sino desde la otra vida. Inútil era querer penetrar en él, estando vivo. Era necesario, pues, que él muriese. "A veces ustedes bajan a nuestro reino con sus sueños; a veces nosotros subimos al de ustedes con los nuestros", dijo. Hablaban sentados a una mesa de aquel cafetín. El piano eléctrico seguía sonando y el hombre del mostrador de amarillo intenso los miraba. Junto a ella, él volvió a revivir aquella sensación de muerte e irrealidad que sintiera en la tertulia de la señora Dereyes cuando encontró a Ille por primera vez. La besó delicadamente en el rostro y en las manos y le prometió morir.

—¿No escapará usted como aquella noche? ¿No se desvanecerá usted ahora?, preguntó.

—No. Esta vez no.

—¿Es para siempre allá?

—Sí; para siempre.

—Hace años que vive usted en mí. Apareció usted por primera vez cuando yo era aun un muchacho.

—Lo sé.

—Amaba a una muchacha que era realmente hermosa. Pero yo la imaginaba siempre mejor, siempre mejor. Aquella figura que yo creaba alrededor de ella era [illegible]agen, Ille. Otra vez la cubrió de besos. El tuvo un momento de [illegible]tensa felicidad. Se imaginó que la muerte sería eso: aquel estado que él vivía ahora junto a ella, en el cual se mezclaba la plena sensación de la vida y la inminencia de algo extraño y muy bello. Pero de pronto ella se echó a llorar.

—Las sillas, murmuró, ¡¡las sillas!!

El miró en rededor y no vió nada de particular.

Pero ella, cada vez más inquieta, se separó de él. En sus ojos oscuros y ansiosos brillaba ahora aquella desesperada mirada del sueño.

—Las sillas, dijo. ¡Las sillas! Luego en un grito:

—¡La cerveza!... ¡Sube! ¡Sube...! ¡Oh, Claire! ¡Me ahogo!

El comprendió. Y decidió morir en seguida.

★

Oyó el estampido, atronador, inmenso y —acto continuo— le pareció precipitarse en un vacío sin fin, lleno de voces lejanas, de gritos ululantes, de fragmentos de sitios y parajes donde él sentía que "una vez" había estado y a los que quiso aferrarse, sin conseguirlo. Después fué algo tan extraño y natural a la vez, el darse cuenta él que ya estaba muerto, como extraño y natural le es a un hombre vivo sentir que vive. Dió sus primeros pasos y llegó a algo así como un puerto, una estación derruida, una ciudad equívoca y abandonada. Entre la bruma de imprecisos recuerdos, creyó reconocer un rostro querido de mujer y el trozo de una casa detenida en el tiempo muchos años atrás, cuando él era muchacho, casi un niño, y no sabía sino quedarse en las plazas y las calles con sus amigos hasta que lo llamaban de su casa para cenar. Y tras ese rostro de mujer, la figura grave y serena de un hombre alto, de ojos bondadosos. Y más atrás otros rostros. Todos lo miraban.

Fué luego un brotar de risas silenciosas, de alegrías, extrañas, de llantos y sollozos reprimidos. Se sintió rodeado y estrechado, y otra vez volvió a sentir como "allá arriba" la voz de su madre y de su padre y demás seres que un día amó. Pero se desprendió de todo aquello. Debía desprenderse de todo aquello.

—Busco a Ille. He venido aquí, he muerto para salvar a Ille. Se libró de aquella masa gelatinosa y gritó: ¡Ille! ¡Ille! Trató de orientarse, pero a cada paso que daba se hundía más y más. Luego le era imposible dirigir su voluntad a un solo sitio, porque se sentía diluído en todas las cosas: en muchos mundos y recuerdos. No supo cómo, de pronto, se encontró frente a ella. Esta vez fué él quien la miró aterrado. Contra todo podía luchar él, menos contra aquella falta horrible de punto de apoyo.

—¿Vienes a salvarme?, preguntó ella con una sonrisa maligna. ¿Viene a salvarme el señor Guillermo Claire?

El sólo pudo mirarla otra vez, desesperado.

—Es el castigo para los que buscan lo mejor de sí mismo en el sueño y no en la vida. Para los que desprecian el oscuro y alto sacrificio de hacerla mejor.

Luego, súbitamente, se encontró junto a ella en una galería de espejos que reflejaban imágenes de muchas vidas. El miró a Ille y la notó extraña. Diríase que su rostro ideal se descomponía y transfiguraba instante tras instante.

—Huyamos, Ille, exigió él.

Pero ella, sin escucharle, le colocó frente a un espejo.

—¿Lo reconoces?

Claire miró. Era el mismo. Tenía diez y seis años. Estaba en la plaza de Santa Rita en el año 189... En rededor suyo jugaban varios ancianos y ancianas con ojos de niños. Se estremeció. Pero encima de aquel instante, se extendía un cielo atardecido con los polícromos celajes que aparecen después de una lluvia. El recordó que aquel cielo le pareció que debía corresponder a una ciudad alegre y feliz, junto a un mar, llena de marinos. Y pensó, también, que por horrible que fuera lo que allí le esperaba, el podría siempre huir de ellos por la contemplación de aquellos cielos tan hermosos que había habido en su vida.

—Ya eras aquí esclavo del sueño: del fácil y banal imaginar. En tus sueños no había más Dios que tú mismo. Y la verdadera vida ausente. No esperes más cielos.

El volvió a repetir:

—Huyamos, Ille.

Pero sucesivos espejos fueron pasando, en los cuales él vió corporizadas todas sus imaginaciones. Quizá pasó años, siglos, frente a aquel desfilar de espejos. Tenía sed, vivo deseo de volver a ver un instante de su vida que no fuera sueño de él: un trozo de campo, un poco de tierra húmeda, un rayo de sol quebrarse sobre una pared clara y cordial, un rostro verdadero, atado a la vida verdadera...

Intentó desprenderse de todo aquello. Fué un además desesperado. Cuando echó a andar, creyendo que se alejaba de los espejos, notó que los espejos e Ille caminaban con él, dentro de él. Aquella gran luna hacia la cual se encaminaba ahora, parecía que le esperaba. Llegó frente a ella y se detuvo. Ille apareció en el reflejo a su lado. Pero cuando él observó su rostro, dió un grito: El rostro de Ille era su rostro. Ille era él mismo.

Algo se soltó de él en ese instante y se sintió, de pronto, solo; abandonado en aquel extraño ámbito en el cual era imposible intentar algo por la absoluta falta de apoyo. Y se sintió hundir, hasta lo más hondo, hasta llegar al borde de una inmensa cordillera que semejaba un brazo. Trepó por ella, más seguro ya, y alcanzó la cima. La montaña más próxima era como una cabeza. El recorrió aquellas raras elevaciones que semejaban unas cejas espesas, luego caminó horas y horas por el pálido desierto de una frente inacabable. Había un túnel a lo lejos y penetró en él. Sintió que comenzaba a hincharse poco a poco, a fijarse en un espacio y un tiempo conocidos. Unos puntos luminosos brillaban lejanos ante él. Y había algo en lo cual podía él afirmarse y no caer. Algo liso, resistente, algo parecido a una mesa. Otra vez brillaron los puntos luminosos y se oyó sollozar. Levantó su cabeza, aun pesada, y miró por la ventana abierta a la noche. Brillaban las estrellas. La fresca brisa nocturna entró en su cuarto y refrescó su frente.

Y volvió a sentirse solo. En medio de una implacable y horrible soledad que parecía haber entrado allí para siempre.

POR

ENRIQUE MALLEA

Ilustración de GUEVARA

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









EL GRAN CHASCO









HACIA OTROS RUMBOS









SIMBAD EL MARINO











Escenas

En la calle



En Berlín, plaza de Nuremberg. Una de las casas está cubierta de arriba abajo con una imagen del "fuehrer". Cada transeúnte, al pasar, exclama según es regla, con la mano en alto: "¡Viva Hitler!".

(Un hombre pide fuego a otro. De repente, da un salto atrás).

—¡Habéis aplastado mi cruz swástica!

—¿Yo? Al contrario. ¡Viva Hirler!

—Es el marxismo disfrazado. Mi deber es denunciarlo.

(Se dirige a un miembro de las tropas de asalto):

—Detened a ese individuo! Acaba de aplastar mi cruz swástica.

El inculpado. — Yo soy ario y antimarxista. ¡Dejadme en libertad, camaradas!

El miembro de las tropas de asalto. — Un momento. La cruz swástica que lleva en el pecho ha sido humedecida. Es saliva.

El inculpado. — No es saliva mía.

Un testigo. — Sí. Yo lo ví.

Otro. — El pidió fuego a propósito a este señor, con la preconcebida intención de aplastar la cruz swástica.

El hombre de la swástica. — ¿Qué es lo que dice usted?

El miembro de las tropas de asalto. — ¡Sígame!

El inculpado (dejando escapar un grito de terror). — ¡No! Lo aclararé todo. Es mi dentadura postiza...

El hombre de las tropas de asalto. — ¡Su dentadura me importa poco! ¡Vamos! (Lo toma del brazo).

El inculpado (Desesperado) — ¡Viva Hitler!

(Cae sobre la swástica del hombre de las tropas de asalto).

El miembro de las tropas de asalto. — ¡Sorprendido en el hecho! Tu asunto será planteado entre nosotros en la comisaría.

El inculpado. (Preso de estupor al alejarse de la enorme imagen, grita con todas sus fuerazs). — ¡Viva Hitler! ¡Viva el "fuhrer"! ¡Viva el amigo de los obreros! ¡Viva el canciller del pueblo!

(Los señores bien vestidos que se encuentran en el despacho, vociferan antes que nadie y alzan el brazo más alto que todos los hombres mal vestidos).

Una mujer, en medio de esa aglomeración, apreta el puño en dirección a la imagen del "fuhrer".

—¡Un extranjero!

(Hombres de las tropas de asalto que acompañan a los personajes se arrojan sobre ella y la sujetan de los brazos, lo que provoca gritos de dolor de la mujer).

Los hombres de las tropas de asalto. — ¡Insultar al "fuhrer"! Esta bruta marxista aprenderá a conocernos.

La mujer. — Yo no he dicho de ninguna manera la palabra austríaco. Es ruso blanco lo que yo quería decir. Allí está la policía auxiliar. Ha vaciado el cráneo de mi marido que se cuenta entre los desaparecidos. Ahora está permitido a un extranjero matar a un alemán.

(Un hombre de las tropas de asalto levanta la blusa de la mujer y en el reverso descubre la estrella de los soviets).

El hombre de las tropas de asalto. — He aquí el florero de las rosas. (La mujer recibe varios golpes de garrote. Trastabilla).

El inculpado de haber aplastado la cruz swástica. (Con más entusiasmo que ningún otro). —¡Mueran los traidores! ¡Abajo Marx! ¡Viva Hitler!

El hombre de las tropas de asalto que lo arrestara. — ¿Por qué entonces aplastó la cruz swástica?

El inculpado. — Fué contra mi voluntad, se lo aseguro.

El hombre de las tropas de asalto. — Fueron dos veces.

El inculpado. — Es esta dentadura la que causó la tragedia.

Un hombrecillo, de cabellos rizados. — Yo me ofrezco para dar la explicación científica del asunto; soy dentista.

El hombre de las tropas de asalto. — ¿No es usted judío?

El hombrecillo. — Apenas. Entre mis alemanes cuento algunos de cabellos rizados como nuestro Goebbels.

El hombre de las tropas de asalto. — ¡Insolente! Usted ya no tiene autorización para explicar más, sea lo que sea, sobre todo científicamente. La ciencia es el marxismo disfrazado. Os declaro arrestado.

(Suelta el brazo del hombre inculpado de haber aplastado la cruz swástica. Este de un salto desaparece enloquecido de entusiasmo. El hombrecillo de los cabellos rizados es conducido preso mientras recibe puntapiés en el trayecto, oyéndose gritos terribles desde una calle cercana).

En un campo de concentración

Comandante de guardias. — ¡Adelante! ¡Vientre al suelo! ¡Adelante!

(Durante veinte minutos, todos se arrojan con el vientre al suelo, saltando. Los que no lo hacen con la debida presteza, es porque tienen las piernas heridas a golpes de fusta).

Descanso. Todos, jadeantes, se dejan caer sobre el suelo.

(Dos hombres dan tumbos durante un rato antes de encontrarse).

—¿También usted ha caído aquí, señor Zielke?

—Me tomé esa libertad, señor Blom.

—¡Habla de libertad!

—El año pasado chocamos en la cámara sindical, uno cerca del otro.

—La cámara sindical de farmacéuticos ha sido "armonizada" después.

—Es la misma cosa para los drogueros.

—¡Puedo yo alguna vez haber tropezado con mis pies con los suyos!

—Eso es lo que digo por mi parte.

—Jamás nos apercibimos de las supercherías de ese Traber.

—Ciertamente, él hablaba muy diferentemente con nosotros de lo que lo hacía con usted.

—A nosotros los droguistas nos prometía la venta libre de todas las mercaderías de farmacia, siempre que diéramos los votos a los nacionalsocialistas.

—A nosotros los farmacéuticos nos juraba que, conforme llegara el tercer imperio, todas las droguerías serían clausuradas por siempre.

—Yo fuí demasiado desconsiderado al desenmascararlo.

—Yo cometí el error de confirmar vuestras palabras. Es por eso que me encuentro aquí.

—Ese Traber nos ha denunciado. Nos ha anotado, seguramente, en una de las listas.

—En tanto, nos vemos obligados a dedicarnos a la cultura física.

—Y a dejarnos azotar los pies a fustazos.

(Murmuran más bajo).

—Pero Traber se halla en la misma situación que nosotros.

—No es posible. El sabe desenvolverse.

—Lo han prendido de igual manera. Una de sus tías es judía. Por otra parte, hace mucho que lo sabían.

—¿Lo ha visto usted?

—Usted también puede verlo. Es el hombre encargado de traer la olla.

—Ese de allí no es reconocible.

—Es él, sólo que le han herido un ojo.

—No, señor Blom, usted no me hará creer nunca que ese es el viejo Traber

Una voz de mando. — ¡Arriba!

(Se esfuerzan por levantarse).

La voz. — ¡Vientres al suelo!

(Se arrojan con el vientre sobre el suelo).

★

Un jefe. — ¡Meyer, del Banco de Comercio! Aquí aprenderás a conocernos.

Un prisionero. — Metzger, antiguo empleado del mismo Banco. Despedido por incapacidad. Tengo el placer de decirle que usted merece la situación en que se encuentra.

El jefe. — El placer es mío, ciertamente.

(De un fustazo, hiere las piernas de su interlocutor).

El prisionero. — Gracias. Usted lo hace porque le pagan por ello.

—El jefe. — ¿Hiere entonces? ¡Debe hacer daño!

El prisionero. — ¡Lamentaciones! Un día me va a dar un ataque al corazón y tendré que quedarme en el suelo sin su permiso.

El jefe. — No. Te apretaré el cogote. Tú debes ser un loco. ¿Cómo es que estás aquí. Tú nunca fuistes marxista.

El prisionero. — No sé cómo ha ocurrido.

El jefe. — En el Banco has dicho delante de colegas: "Haría falta encontrar a alguno para acabar con él". Todo el mundo comprendió lo que querías decir.

El prisionero. — Es eso. Entonces usted me ha denunciado y para empezar fuí llevado a la prefectura de policía.

El jefe. — Era un advertencia que debiste entender. Pero tú, ciertamente, eres un [illegible], Meyer. Después de tu regreso, te preguntamos cómo había sido. Y respondistes: "A mí no me han hecho gran cosa, pero en mi celda los muros estaban manchados de sangre..." Naturalmente, yo hice mi informe.

El prisionero. — En recompensa de eso lo han hecho Jefe. Ha obtenido lo que quería, Metzger.

El jefe. — Tú también, Meyer. De aquí no saldrán con vida.

(Levanta la fusta. La deja caer en seguida).

El jefe. — ¡Para qué hacerlo con un individuo de tu especie!

★

Una mujer. — Aquí, aun yo misma, aprendo muchas cosas.

Otra mujer. — ¿Qué es lo que aprende?

La mujer. — Esos hombres se resienten de que yo conserve el dominio sobre mí misma. A ellos también los he hecho correr en cuatro patas con sólo gritar: ¡Viva Hitler!

La otra mujer. — ¿Cuál es, entonces, su ocupación?

La mujer. — Ese es asunto mío. Llevo botas de marroquí rojo.

La otra mujer. — Entonces usted es una sádica! ¡Es a causa de eso que os han metido aquí?

La mujer. — Todo lo contrario. No estaba bastante entrenada. Ya poseía un lecho de tortura, pero eso era juego de niños. Los hombres de las tropas de asalto se llegaron hasta mí para preguntarme acerca de mi lecho de tortura. Pero yo les dije: "No lo vi ni lo conozco". En seguida descubrieron mis caderas y mis látigos. No es sino al fin que descubrieron mi lecho y les hice creer que servía para los esfuerzos de mi macaco.

La otra mujer. — ¿Esos imbéciles creyeron eso?

La mujer. — Sin dolor. No es a causa de mis botas y las cadenas que me condujeron a la prefectura de policía. Desgraciadamente, esos jóvenes no estaban muy familiarizados con estas cosas. Me condujeron a un corredor en que no se estaba nada bien. Allí había imágenes. Yo no me fijaba en nada, pero me hicieron admirar una. Representaba al antiguo prefecto marxista.

La otra mujer. — Un simple obrero. ¡Pensar que él nos gobernaba!

La mujer. — Le habían hecho una nariz judía y en la mano tenía una fusta. La inscripción decía: "Es a golpe de fusta que vamos a echar a Hitler a través de la frontera".

La otra mujer. (Bajando más la voz). — Pero nunca lo hizo.

La mujer. — Después me fijé en las otras imágenes. Muchas fotos faltaban de los marcos, deshechas otras a pedazos. La comida era cruda y manchada con sangre.

La otra mujer. — ¡Usted es una sádica!

La mujer. — Yo me desmayé.

La otra mujer. — ¿Es por eso que está aquí?

La mujer. — Es por haber visto eso sin poderlo soportar.

Los desaparecidos

Sala de café. Todas las mesas están ocupadas. Alrededor de una de ellas hay una docena de nazis vestidos de color pardo, acompañados de una sola persona en ropas civiles, muy elegante.

El elegante. — ¡Atención! ¡Que nadie entre! ¡No dejen salir a nadie!

El propietario. — ¿Qué pasa? Les ruego que no me hagan escándalo. La policía...

El elegante. — Nosotros somos la policía.

El individuo que acaba de entrar. — Déjenme irme. No me siento muy seguro aquí.

El elegante. — ¿Me reconoce a mí?

El individuo. — Señor Hanussen.

El elegante. — En persona. Yo soy el astrólogo oficial del tercer imperio. Yo lo predije interpretando las constelaciones ante miles de papanatas. Debería decir ante centenares de miles. ¡Son millones los que me han creído! Es por esto que llegó realmente el tercer imperio.

El individuo. — Usted ha engañado. Usted no es un verdadero astrólogo, lo he dicho y lo repito. Usted no es más que un impostor.

El elegante. — Usted no lo dirá más. Usted no osará más hacerme la competencia como astrólogo. No, pero hará ejercicios bajo la mirada vigilante de mis jóvenes amigos pardos. ¡Marche! ¡Al trote!

(El individuo después de recibir el puntapié de un miliciano, corre a través de la sala. Después de correr unos segundos, tropieza y cae sobre una mesa. Gritos de mujeres. Todos se han puesto de pie dirigiéndose a las salidas que encuentran cerradas).

El propietario. (Al señor elegante). — ¿No ve que está arruinando mi establecimiento?

(Se deja caer sobre una butaca y murmura con voz desfalleciente).

—¡Oh! No puedo soportar más emociones. Estos clientes pardos me hacen morir. Después de venir en banda, piden café y me pagan un marco cincuenta en lugar de tres marcos sesenta.

(Se apaga la voz).

El elegante. — Seré implacable con ese individuo que hace el papel de astrólogo. ¿Será que no ha roncado como un cerdo todavía?

(El individuo sigue enloquecido su camino, seguido hacia cada salida por un miliciano que, cada vez que se acerca a la puerta, lo hace retroceder de un empujón).

(Protestas del público que demanda que se abran las puertas.)

El elegante. (Jactanciosamente). — ¡Ustedes! ¡La galería! Estaos tranquilos. De lo contrario os haré ver algo nuevo. Mis jóvenes amigos, hagan correr a ese corredor de pista sobre una mesa. Que grite: ¡Viva Hitler! Si hacen falta modales, no se olviden de retorcerle la garganta a ese marxista. Nadie osará nada contra nosotros. Me siento muy seguro a cuenta del tercer imperio, y además, soy amigo del conde Helldorf.

El individuo (Parado sobre una mesa, grita con la fuerza de la desesperación). — ¡Viva Hitler!

El elegante. — ¿Y los otros? Vamos...

Coro de clientes asustados. — ¡Viva Hitler!

El elegante. — Bien. Pero allí hay un personaje que no ha gritado. Ni se ha tomado el trabajo de ponerse de pie. Id a ayudarlo mis jóvenes amigos.

Un miliciano. — Pero... Es el propietairo. Es curioso que se haya muerto.

* * *

(En lo del conde Helldorf, jefe de policía de Potsdam. Es un tipo de vividor deportivo, de hábitos de lo más cínicos, más que premeditados. Mantiene una conversación con el señor elegante de la escena anterior).

Helldorf. — Señor Hanussen, hay quejas contra usted. Parece que la otra noche usted provocó un verdadero escándalo público.

Hanussen. — Fué en homenaje a vuestras propias explosiones, mi querido amigo. No hago más que imitarlo.

Helldorf. — Es inútil recordarme la época en que aún no era jefe de policía. Ya lo he olvidado.

Hanussen. — ¿Y todo lo que he hecho por el tercer imperio, vaticinando su llegada?

Helldorf. — Eso ya le proporcionó millones a usted.

Hanussen. — Que yo les presté descontando vuestro futuro poder. Ahora estáis al frente de los fondos públicos. ¡Reembolsadme!

Helldorf. — Usted ha sido completamente pagado, pues sus predicciones se han realizado. Esto debería bastarle.

Hanussen. — Entonces quedaría arruinado, en tanto que ustedes embolsan sin pudor. Pero es debido a un crimen que ustedes deben todo su esplendor. Se debe a las más innobles artimañas. Yo os haré trastabillar revelando lo que sé a vuestra cuenta, lo mismo que de los otros.

Helldorf. — Su avaricia de usurero judío le hace perder la cabeza, señor Hanussen.

Hanussen. — Bien: soy judío. El arribo del tercer imperio se debe a la imaginación de un charlatán judío. Somos compadres, conde Helldorf. Pagadme.

Helldorf. — No, pero le regalaré la historia de cierto Bell.

Hanussen. — Vuestro Bell no me interesa para nada.

Helldorf. — Le interesa, por el contrario, muy particularmente. Ese Bell fué el intermediario entre nosotros y el gran financiero internacional especializado en petróleo. Ese gran capitalista subvencionaba nuestro movimiento a cuenta de la revancha. De llegar al poder, debíamos conseguirle los petróleos de Rusia.

Hanussen. — ¡Ja, ja! ¡Adivino lo que fué! Habéis tomado para vuestra elevación nacional el dinero internacional y no estáis dispuestos a cumplir los compromisos. Es el mismo procedimiento que para conmigo. Pero no olviden que ese Bell tiene las pruebas en la mano.

Helldorf. — Lo he pensado. Las tiene. Pero ha desaparecido.

Hanussen (helado) — ¿Usted no querrá decir...? ¿Usted no lo habrá...?

Helldorf (levantándose). — Aprenda la historia por lo que puede servirle. Adiós, señor Hanussen.

Hanussen (Encaminándose hacia la puerta con las piernas temblando). — En todo caso sabré mantenerme más tiempo ¡Sabré utilizar la ocasión para utilizarme a mí mismo!

Helldorf.—En efecto, eso es todo, señor Hanussen.

(Al miliciano que se presenta para conducir afuera al visitante, el prefecto le da una orden muda. El otro hace una señal de comprensión).

Paisaje de extramuros, al anochecer. Un camión con dos hombres penetra en un bosque. Habiendo hallado un lugar particularmente desierto, descienden. Llevan ropas de excavadores de tierra y en las manos ambos tienen palas.

El joven de 18 años. — ¡Mira bien! ¿No hay nadie por acá?

El joven de 23 años. — No se aventuraría como nosotros.

El más joven. — Pero nosotros venimos de arrojar nuestros uniformes. Nos tomarían por vulgares excavadores.

El mayor. — Hagamos lo que hagamos, nadie nos detendrá. Para ello puedes confiar en mi vieja experiencia.

(Llevando la mano a su bolsillo trasero).

—Y después, si cualquiera se mostrara demasiado curioso, eso no haría sino uno más, pues deberemos enterrar trece.

El más joven. — El emplazamiento de la tumba me parece indicado entre esas cuatro hayas.

El mayor. — Entonces, entre las hayas.

(Ambos a cavar tierra. Después de una hora de recia labor, contemplan su obra con satisfacción).

El más joven. — No se dirá más que somos haraganes.

El mayor. — Para esto, no. El peligro está en que ellos lo saben demasiado y se descargan a cada curva contra nosotros, [illegible] hay un villano. Los camarados no hacen más que matarlos; [illegible] nada. Hay que hacerlos huir.

El más joven. — Eso no me ha impedido bajar a uno. Era un hombre maduro que pretendía intervenir entre nosotros y los [co]munistas.

El mayor. — Bien hecho. El no intervino para nada c[uando] los habitantes de esta colonia dispararon contra dos de los [nues]tros. ¡Si se les permitiera atacar a nuestras secciones de a[salto]! Pero todo se acabará de inmediato.

El más joven. — Nos han telefoneado. Toda la sección puede voltearlos cuando queramos, es nuestro derecho, pues hemos sido atacados.

El mayor. — No digas barbaridades. Nuestro derecho está en destruir los niños de comunistas, nos hayan atacado o no.

El más jóven. — ¡Yo he volteado al viejo que tuvo la audacia de intervenir!

(Empiezan a arrojar del camión los trece cadáveres mutilados, la mayor parte desnudos y la mayoría cubiertos de sangre resecada y de facciones desfiguradas a fuerza de golpes).

El mayor. — Esto les ha ocurrido por meterse del mal lado. ¡Ayúdame a arrojar a ese gordo en la zanja! Lo pesados que se ponen conforme son muertos!

(Contemplando al más joven):

—¿No ves nada? ¿Qué es lo que llega? ¿Eres sordo?

El más joven. — He reconocido al mío, ese que volteé. Está desfigurado. Lo reconozco lo mismo debido a que fuí yo quien lo desfiguró de esta manera.

El mayor. — ¿Y qué hay con eso? Yo los he identificado. ¿No vendrás más por acá? Tú no debes hacer más que cumplir con tu deber. ¡Ten cuidado! Ya te eres sospechoso.

(El más joven, dando un paso atrás, asombrado, vacila un instante y en seguida emprende la fuga sorteando arbustos. El mayor le dispara un tiro de revólver. Después escucha. Finalmente, oye un grito desgarrador que le llega desde la espesura de la floresta. El mayor, acudiendo rápidamente, halla a su camarada a punto de caer desmayado sobre los restos de un hombre muerto, al parecer, hace bastante tiempo).

El mayor. — ¡Pero éste es otro macabeo que no conocíamos! No es nada agradable ver a este macabeo.

(El también parece en trance de desmayarse. Los dos parecen estar tan dominados por la emoción que no pueden hablar).

El más joven. — Ya ves que no es necesario ser un intelectual para que se le den vuelta las tripas a uno. Sobre todo, no empieces a hacer jugar nuevamente tu revólver. Yo tengo el mío.

El mayor. — ¡Está bueno! ¡Estaba bien vestido el macabeo! Este no era un comunista de los suburbios. Es un señor muy elegante y seguramente vivió bien. Hasta me parece conocerlo.

(Se inclina sobre el cuerpo).

—Todo le ha sido robado. ¡Ah! ¡Una tarjeta! ¡Es Hannusen!

El más joven. — ¿El astrólogo?

El mayor. — En persona. Ya no nos predecirá la buena suerte.

El más joven. — ¡Un hombre tan conocido! Es necesar[io que] hagamos un informe.

El mayor. — Vale mejor enterrarlo con los otros. Los h[ombres] como nosotros no distinguen nunca entre los accidentes que h[ay] que informar y los otros, más delicados.

El más joven. — Yo siempre tuve la impresión de que este astrólogo fué un pillastre famoso.

(Llevan el cadáver hacia donde están los otros y lo colocan a un lado. Empieza a hacerse noche).

El más joven. — ¡Pero tú [illegible] al lado del viejo que acabo de descargar!

El mayor. — ¿Ignoras de verdad [illegible]? Sabe que tiene sobre la conciencia la muerte de un hombre honesto, ex ministro marxista, que vivió pobremente y ocupaba una casa en un barrio obrero.

El más joven. — ¡Yo he hecho eso! Lo veo todavía saliendo de su casita, con un libro en la mano. Soy yo quien...

(Llora en medio de la obscuridad, que se va acentuando).

El mayor. — Se llamaba Stelling. Recibimos la orden de buscarlo por su barrio y llevarlo preso. Luego será metido en una caja de plomo que se le enviará a la viuda a condición de que ella jure no abrirla nunca.

El más joven. — Me repugna esto.

(Comienzan a enterrar todos los muertos. Finalmente, no quedan por sepultar más que los cuerpos de Hannusen y Stelling, apenas visibles en la obscuridad)

El más joven. — El pillastre y el hombre honesto.

El mayor. — La hora, para esto, no hace mayor diferencia. Por mi parte, me parece preferible que le entregáramos a la viuda el cadáver del pillastre. Disgustará menos a las gentes debido a que está mejor vestido y las balas no le recibió en el cráneo.

(Después de haber cubierto [illegible] de tierra, llevan el cadáver de Hannusen a un garage [illegible] alejado. A una señal convenida, se les abre la puerta. Ni una palabra se cambian entre unos y otros. Se colocan en silencio los uniformes y se van muy apresuradamente hacia la calle, donde [illegible] la rapidez de sus pasos. La obscuridad es menor debido a las luces artificiales).

Una mujer de edad contempla [illegible] el rostro del más joven, que se sobresalta. Murmura [illegible]:

¡Ella es la viuda!

(Mira lentamente en dirección a su compañero, pero éste tiene la mirada gacha).

Los intrigantes

Recepción oficial en el palacio de la presidencia del Parlamento, donde Goering es dueño de casa. Adornos costosos y vajilla nueva. Lo rodea una multitud. El hombre poderoso se hace admirar de sus invitados, fantásticamente ataviado, ocupando él solo [un] lugar destacado, mientras ofrece su enorme persona al objetivo de los fotógrafos.

Goering (a los periodistas). — He pasado toda la noche sobre mi mesa de trabajo para firmar las órdenes de ejecución. Podéis constatar que estoy fresco y de buen talante.

Goebbels (ministro de propaganda, le sigue de lejos con una mirada cargada de odio). — El se mantiene a fuerza de morfina. Y este desenfrenado se coloca delante, cuando en realidad he sido yo sólo quien ha hecho lo que ellos [illegible], ¡él y los otros!

Sinsheimer (redactor del "[illegible]"). — Es lo que yo digo. Usted es la gran fuerza motriz del régimen que existe por vuestra obra.

Goebbels. — Hablemos de mis obras. Debéis hacer justicia a la representación de mi pieza.

Sinsheimer. — Es lo que [illegible]. Para un crítico avisado, usted es actualmente el primero de los dramaturgos alemanes. Nuestra literatura comenza recién a tener importancia después de sus estrenos. Para los que se [illegible], el campo de concentración será el retiro indicado.

Goebbels. — Era tiempo que se reconociera. Recuerdo que en pleno levantamiento nacional, usted estaba todavía por los intelectuales bolcheviques. Es que usted es lento de espíritu.

Sinsheimer. — Es por ello que lo he elogiado a usted con la mayor decisión. Lo he exaltado desde que subió al poder. Me he inclinado ante su fuerza como [illegible]. No resisto la fascinación que ejerce sobre mí. Me di cuenta de ello en el momento en que usted iba a expropiar el diario en que trabajo.

Goebbels. — Usted procedió [illegible]. Se ha vuelto un guante. ¡Cuando pienso en las cien vueltas humillantes que debió usted dar! Todos esos sacrificios de amor propio y respeto humano le han hecho renegar de toda una existencia que decían honorable. Siento un verdadero placer al [illegible]. Y es por esto que le acuerdo el favor de esta conversación.

Sinsheimer. — Lo peor de todo este asunto está aún en mí. Me rehusé a conservar una posición en un diario judío convertido al nacionalsocialismo. Eso parece una apostasía.

Goebbels. — Lo que le ha servido fué ese oportuno golpe de teléfono que le dió su antiguo amigo. En la época marxista, él era uno de los principales en la vida intelectual y usted cultivaba su amistad. Naturalmente, se libró del... campo de concentración. Mis esbirros llegaron muy tarde. Es lo que no me perdonaré jamás.

Sinsheimer. — Usted no tenía más que decir una sola palabra y yo lo hubiera puesto en sus manos.

Goebbels. — Le creo. Lo entendí por teléfono. Usted estaba acertado al pensar que sus comunicaciones eran vigiladas. Hice que lo escucharan. La manera suya de dejar a su amigo se tornó comprometedora, tan expeditiva como deshonrosa. Empero, tengo de eso un recuerdo agradable. Por eso lo he dejado en su lugar. Adoro a los traidores. Los estimo más que a las gentes honestas.

Belling (miembro de la Academia de Bellas Artes, a Pfitzner, presidente de la misma). — Usted me pide que me retire de mis funciones. Yo no dirigiré más los "ateliers" del Estado. No tocaré más emolumentos, me quedaré en la miseria.

Pfitzner. — Cálmese, amigo mío. Allí se sirven excelentes refrescos.

(Un hombre de las secciones de asalto ofrece bebidas).

Pfitzner. — Contemple de frente su situación, mi querido Belling. Uno no se casa impunemente con una judía. Yo nunca he hecho eso y ahora gozo de mi mérito.

Belling. — Usted nunca ha sido muy brillante al componer sus óperas ni dirigiendo su orquesta. Apruebo plenamente la idea que tiene de sí mismo.

Pfitzner. — Se engaña. Yo soy un maestro alemán. Pero ocurrió que el director de la Opera era marxista. Lo sucedí, y con el mismo derecho acudo a relevar en la batuta a los directores de orquesta judíos que se ven forzados a abandonar sus cargos. Ya [ve] usted cuánto importa en la vida ser puro.

Reales de la Crueldad Nazi

POR HEINRICH MANN

Que resuene la única música de estos días, los clarines y las trompetas. Queremos hoy, hombre por hombre, enrojecer con sangre el acero. Con sangre de verdugos, con sangre de franceses — ¡oh dulce día de la venganza! — Esto les agrada a todos los alemanes, esto es en verdad lo esencial.

(El Dios que hizo crecer el Hierro: Himno Nazi).

★ LOS INTRIGANTES ★ LOS ASESINADOS ★ LOS FUGITIVOS ★ LOS ESPIAS ★

Belling. — Por mi casamiento me he enjudiado. El hecho es ese. ¡Si pudiera llegar a ser dueño de la casa en que vivo! No hay esperanza. ¡Hay tanta gente!

Pfitzner. — Es lo que ocurre después de cambiar de uniforme. Usted por ello se encuentra ante una situación irreductible y le aconsejo que no se forje esperanzas vanas.

(Después de hacer una jira por todas las dependencias para que se admiren los invitados, Goering ocupa, él solo, el lugar más destacado y ofrece su enorme persona, vestida con otro uniforme fantástico, al objetivo de los fotógrafos).

Goering (a los periodistas que se adelantan hacia él). — ¡Notad mi capacidad de trabajo y mi salud perfecta! Todo el día de hoy lo he pasado en el Consejo debatiendo con mis colegas los detalles de la esterilización de los tarados. Pasaron todos, judíos y marxistas. Yo descubrí eso. Este régimen será eterno a condición de esterilizar a sus enemigos.

(Sigue su discurso con voz tonante).

Belling. — Yo también he encontrado el truco para quedarme donde estoy.

Pfitzner. — ¿Hacerse perdonar su mujer judía? No lo sueñe.

Belling. — Usted lo verá bien, conforme él cambie de ropa por tercera vez. Voy un poco allí.

(Se aleja muy preocupado).

Goebbels (siguiendo a Goering con una mirada cargada de odio envidioso). — El no es doctor en filosofía. Así se explican todas sus insanías presuntuosas entre dos inyecciones de morfina. He sido yo quien primero preconizó la esterilización destinada a purificar y fortalecer la raza. No estaría mal hacer el primer experimento con algún personaje oficial.

Sinsheimer (divisando a ese hombre de rostro contraído). — No estoy lejos de compartir su punto de vista.

Goebbels (después de un sobresalto, con voz profunda y dolorida). — Comprendo. No se olvide que yo soy el menos bestia de la banda. Lo conozco a usted de hace mucho, doctor Sinsheimer, sin que usted lo sospeche. Cuando yo no era más que un pobre despechado, leía sus trabajos a mis amigos, mejor dotados que yo mismo. Al ignorarme, habéis despertado en mí el odio a que debo todo mi talento.

Sinsheimer. — Usted hace que me sienta orgulloso, señor ministro. La confianza de un hombre poderoso es un regalo de los dioses y en este caso ello puede ser útil.

Goebbels. — Ya comprendo. Usted se prepara a desenmascararme y a abandonarme en el momento de mi caída. Así logrará su admisión por los comunistas, nuestros futuros vencedores a quienes nosotros abrimos el camino.

¡No se haga ilusiones, doctor Sinsheimer! Si usted figura entre los traidores, no se librará nunca de mí. Me he adelantado a usted y, por mis pecados, usted será comprendido en la primera tanda de masacres que seguramente nos reserva la historia.

Sinsheimer. — Nada impide que usted tenga su parte en ello.

Goebbels. — Yo me adelanto a todo. Yo no sobreviviré al levantamiento de Alemania y a mi situación adquirida. Sabré morir antes, igual que Nerón, Heliogábalo y Jannings en no recuerdo qué película.

Sensheimer. — ¿No querrá usted decir Charlie Chaplin?

(Son interrumpidos por la entrada sensacional del dueño de casa. Este, no solamente luce un fantástico tercer uniforme de fantasía, sino también un gran manto de púrpura y, como un Júpiter, atraviesa entre la multitud de invitados que se aglomeran para contemplarlo. Todos quedan como petrificados de terror ante esta aparición de majestuosidad implacable. Su pesado andar aplastaría a cualquiera que se interpusiera en su camino, en tanto que su enorme figura, con sus pequeños ojos crueles miran hacia las víctimas a inmolar).

Belling (miembro de la Academia de Bellas Artes, que sigue de cerca a Goering, le habla al oído). — Llevad la espada. Le traigo una hecha con utensilios caseros. Es de madera que yo he bronceado. Inventaré una tinta para hacer de ese manto algo digno de su rol preponderante.

Goering. — Traed la espada. Veo que usted me entiende ¿Quién soy yo?

Belling. — Usted es un sano de espíritu. ¡Lo juro!

Goering. — ¡He aquí un hombre! Pídame algo; le será concedido.

Belling. — Quiero la cabeza de esa pequeña serpiente de Pfitzner. Sépase que él pretende apartarme de mi cargo.

Goering. — Ya lo castigaré como conviene.

Pfitzner. — Es a Belling a quien habría que aplastar. El se ha casado con una judía!

Goering. — ¡El osa aparecer ante mi sagrada presencia!

Belling. — Usted me ha prometido una gracia.

Goering. — No hay gracia que valga. ¡El marido de una judía!

Belling (haciendo un esfuerzo desesperado sobre sí mismo). — Debo manifestarle que por ser impotente, hace cinco años que no veo a mi esposa.

Goering. — Eso lo honra. De cualquier manera, yo soy el dueño absoluto del destino de los hombres. Pfitzner, yo lo destituyo. Belling pasa a ocupar su cargo.

Belling. — Yo seré presidente de la Academia. Y haré la estatua ecuestre del más enorme de los alemanes, el santo vengador.

Pfitzner (casi a punto de desmayarse). — Por lo menos él no dirigirá nunca la orquesta de la Opera. ¡Un estatuario!

Goering. — La dirigirá. Yo dirijo en Alemania.

(Continúa su camino en silencio terrífico, ofreciendo su enorme persona al objetivo de los fotógrafos)

Hindenburg recibe a Hitler

(Hindenburg, hundido en una butaca, llora).

Su hijo Oscar. — Padre, usted debe cesar en su llanto. Hitler espera.

Hindenburg. — ¿Y podré todavía ponerlos en guardia a ustedes?



Su hijo Oscar. — Eso depende de quién esté en el lugar contra nosotros.

Hindenburg. — ¿La cachiporra, entonces? ¡Ah! ¡Hijo mío, hijo mío! Es tu idea de las cosas lo que nos ha llevado a esto.

Su hijo Oscar. — Sobre todo, te ruego que no empieces de nuevo.

Hindenburg. — ¡Bien! Haz pasar a ese soldado austríaco de primera clase.

(Hitler se inclina enmudecido).

Hindenburg. — No pierda su tiempo, señor Hitler.

Hitler. — Señor mariscal, tengo el honor de saludar muy humildemente al genio tutelar de la patria.

Hindenburg. — ¿El genio? ¡Ah! ¿Soy yo? ¿La patria? La vuestra es Austria. ¿Cuándo la conquistaremos finalmente? La campaña está que truena. Las cosas así terminan mal. A mí me pagan para saberlo.

Hitler. — Es un país desgraciado, caído en manos de extranjeros.

Hindenburg. — ¡Es nuestra Prusia!

Hitler. — Me refiero a Austria. Todos los días estallan bombas, arrojadas, naturalmente, por los comunistas. No hay más que escuchar a los que acuden en busca de seguridad a nuestro lado. No hay comunistas ni de otros partidos. Yo los he aplastado.

Hindenburg. — ¡Basta de eso! No hay razón para aplastar a los otros partidos.

Hitler. — Todos eran marxistas. No queda ni uno. Es como lo dijera mi predecesor: yo no conozco más partidos en adelante.

Hindenburg. — Vuestro predecesor fué ese excelente Ebert que me ayudó tanto a abatir esa revolución de 1918.

Hitler. — Perdón. Es al emperador a quien yo sucedo.

Hindenburg. — Yo no he estimado ni a uno ni al otro. No lo estimo a usted más ahora. Usted no es más que uno del ejército aliado y amigo que no era el único ejército.

(Levantando la voz):

¡Firme!

Hitler (encogiéndose de hombros). — ¡No os hago caso!

Hindenburg (hablando como quien hace un gran esfuerzo). — Yo me entregué en holocausto a la patria.

Hitler. — Y yo también... al sufrir aun la presencia de vuestra vieja osamenta de la que todavía tengo la desgracia de necesitar para los papanatas.

Hindenburg. — ¡Sea más cortés! ¿Qué ha hecho de mi querido Papen, tan educado?

Hitler. — Yo soy muy educado. Mis orígenes no son en nada proletarios. Surgido de una familia burguesa...

Hindenburg. — El señor pintor de puertas.

Hitler. — Señor mariscal, vencedor de la guerra mundial. Soy yo quien hice apreciar eso.

Hindenburg. — Es cierto. Deberé dirigir un discurso a mis fieles nacionalsocialistas.

Hitler. — Imposible.

Hindenburg. — Usted me impedirá decir mi discurso. Publicaré una protesta.

Hitler. — Usted reflexionará. Queda por liquidar ese asunto de los pripetarios rurales. ¿Quién se mueve allí abajo? Pero es vuestro señor hijo. Tengo el honor de saludarlo, señor hijo.

Hindenburg. — El honor. Me siento sin nada cuando oigo la palabra. Soy demasiado viejo para comprender sus añagazas de político extranjero. He envejecido como soldado leal y así me reuniré a mis antecesores.

Hitler. — Entendido. Reúnase a ellos, señor mariscal.

Hindenburg. — Solamente que tengo como una idea de que mi honor ha sufrido un tanto desde que usted está aquí.

Hitler. — Desde luego, señor mariscal, desde luego. ¡Para eso ha confiado en Hitler! Soy yo quien decide los honores a acordarse a cada uno. Usted tiene asegurados los funerales más colosales que jamás se han visto. ¡Puede apurarse!

Hindenburg. — Sé lo que me queda por hacer.

Hitler (haciendo ademán de marcharse). — Me inclino muy bajo ante el genio tutelar de la patria.

Hindenburg. — Reciba mi puntapié.

(Queda solo).

Yo he perdido, entonces...

Su hijo Oscar. — Todas las armas de fuego os han sido arrebatadas, padre.

(Hindenburg, hundido en la butaca, llora).

El testigo

Una voz. — ¡El testigo Klenau!

(Un joven blondo y pálido, aun decentemente vestido, avanza).

Un aprendiz de juez (23 años, usa monóculo, figura chirle). — ¿Por qué han traído a este individuo?

El testigo. — Usted debería hallar las maneras educadas de antaño.

El aprendiz de juez. — Señor juez, el acusado se permite insolencias para conmigo. Usted deberá atenerse a las consecuencias...

El juez. — En este caso su proceso verbal va a ser defectuoso. Este joven se presenta como testigo.

El aprendiz de juez. — ¡Ah! Es como tal. Usted prefiere atenerse a los modales de la época marxista.

El juez. — Testigo: ¿Usted se llama Klenau y tiene 23 años? ¿Cuál es su condición?

El testigo. — Soy mecánico sin trabajo. Recibo cinco marcos 40 céntimos por semana y es mi abuela la que me mantiene.

El aprendiz de juez. — La abuela tiene todo el aire de ser una joven amiga.

El juez (hace una señal al testigo para que se mantenga tranquilo). — Usted debe responder en el asunto de la doble muerte perpetrada por comunistas. Un agente y un jefe de sección de las tropas de asalto, llamado Maikowsky, fueron víctimas de un ataque de comunistas contra el local que debía proteger el agente. ¿Usted fué uno de los testigos oculares de la agresión?

El testigo. — Un momento. Nada de eso es así.

El juez (muy agitado). — Klenau, reflexione usted sobre lo que va a decir.

El aprendiz de juez. — Demasiado tarde.

El testigo. — Señor juez, vengo aquí por quincuagésima vez y respondo siempre en el mismo sentido. Me he presentado con el goce pleno de mi juicio, y como los hechos son conocidos por doscientas personas, parece que uno debe decir la verdad. Naturalmente, son los nazis quienes hicieron los disparos.

El aprendiz de juez. — Pregunto a ese individuo si no es marxista.

El juez. — Y como yo soy juez. Ustedes los jóvenes...

El aprendiz de juez (levantándose de su asiento). — Protesto con todas mis energías por la comparación con un enemigo del resurgimiento alemán.

El juez. — ¡Vamos a los hechos, Klenau! En esa sala se hallaban comunistas. ¿No es así?

El testigo. — Sí. Los nazis pretendieron hacerlos salir. El agente fué apostado a la entrada de la casa, con los brazos cruzados. Rindo homenaje a su memoria. Es una víctima de los nazis que luego la exhibieron en la catedral como muerto por los comunistas. Esa es su manera.

El aprendiz de juez (en voz muy alta). — Protesto y no registraré esas palabras en el proceso.

(Da un golpe de puño sobre la mesa. En el acto, una treintena de voces fuera de la sala entonan el himno "Horst Wessel").

El juez (haciéndose el distraído lee el expediente, en tanto que se escucha el canto. Luego, habla con mayor ternura que antes). —Usted dice que el agente tenía los brazos cruzados. ¿Pero la bala vino del interior donde se encontraban los comunistas?

El testigo. — El agente fué herido en el corazón por alguien colocado delante de él. El no llegó siquiera a ver su sangre. Instantes después que se le quitaron las ropas, desapareció su revólver. Así son tratados los antiguos funcionarios de la República, señor juez.

El aprendiz de juez. — Soy yo quien podría decir eso.

El juez (palideciendo horriblemente). — ¡Orden, testigo! El agente no fué el único en ser muerto. También cayó un jefe de las tropas de asalto, Maikowsky. Esa bala no pudo llegar de la calle. Partió de la sala.

El testigo. — Lo lamento, señor juez. Los comunistas emprendieron la fuga por el otro lado. Maikowsky, por lo tanto, fué muerto por sus propios hombres. Era detestado por ellos.

El aprendiz de juez (agitándose en su asiento y gritando). — ¡El acabóse!

(Fuera, se oyen más fuertes que nunca las voces que entonan el "Horst Wessel").

El juez (adelantándose con gesto de hombre que quiere hacerse entender). — ¿Pretende el testigo haber visto todo eso? En ese caso, sería lo mejor, por usted mismo, que se hiciera examinar por un médico alienista.

El testigo. — Hágase declarar al jefe de las secciones de asalto llamado Hahn, alias "gallo rojo". El nunca se atreve a ir sin armas y hace que todos sus hombres marchen delante de él. El es el próximo a morir.

El juez. — Le exijo por última vez que reflexione. El señor aprendiz de juez no lo ha registrado todo. Usted no tiene más que declarar en otro sentido. ¿Uno de sus parientes no se halla internado en un manicomio?

(Inclinándose ante el testigo):

—¡Yo quiero salvarlo! ¡Ayúdeme!

El testigo. — No puedo.

El juez. — Usted es de origen alemán. Póngase por lo tanto del buen lado. Es el resurgimiento nacional.

El testigo. — ¡Viva la revolución social!

El juez. — Condenado.

(Sin inmutarse en su asiento, habla con frialdad):

—Estoy obligado a arrestarlo.

El aprendiz de juez (colocándose el monóculo). — Bastante tarde, señor juez. Todo ha sido inútil, hasta para usted.

(El aprendiz de juez abandona la sala. Se acallan los cantos).

El juez (buscando en vano las palabras). — Usted debería en seguida... Usted deberá al instante...

(Sale. La puerta se cierra detrás de él).

(El juez se lleva las manos a la cabeza. Súbitamente se sobresalta. Acaba de oír un grito y el ruido que produce la caída de un cuerpo).

El juez. — Ese no volverá más. ¿Vendrá mucho más tarde? Vendrá con otros hombres. ¡Con miles de otros hombres! ¡Con innumerables testigos! ¡Innumerables testigos!...

EL LENGUAJE DE LAS DANZAS CRIOLLAS

CREO que no hay repertorio tan expresivo y simbólico como el nuestro. Cada baile nacional tiene su lenguaje personal, su intención perdurable y afectiva, su clave robustecida por la pasión, que deja de ser puramente musical o cantable, para convertirse en mensaje de maravillosos y tiernos contenidos. Por eso es tan variado. Cada emoción, cada propósito amatorio, requirió su sentido auditivo correspondiente, y nuestros músicos y poetas populares lo fueron creando de acuerdo a "sus necesidades", al margen de la música sagrada de la Colonia o de la militar, con "bramidos y quejas de cuartel",, como solían decir los vidaleros del Norte, cuando los gatos, las zambas, las chacareras, los escondidos, los cuandos, los triunfos, los caramba o los llantos iban haciendo el proceso del amor, en su más amplia exaltación emotiva, ya en las pulperías, ya en las "trincheras", a compás de la guitarra, el arpa, la caja y el violín.

Los que ignoran este lenguaje de las danzas criollas, permanecen indiferentes como si estuviesen escuchando un idioma extraño y no encontraran explicación del motivo por el cual los campesinos del Norte exteriorizan su júbilo con gritos, palmoteos, desafíos o quejas en el momento menos sospechado del baile.

El proceso se inicia con la vidala, aunque no es danza, sino amor que hace doler. Entre los géneros musicales más tiernos, el que da una fuerza racial propia, es la vidala en tono mayor, prima hermana del yaraví incaico y del huayno jujeño. Y ella, precisamente, nos dará oportunidad de descubrir las intimidades de un pueblo presentado a menudo con aspectos irreales, que rebajan su valor positivo. Si hacemos un estudio de la vida, las costumbres, la música y los cantos o coplas, encontraremos los más seguros datos de la influencia de las culturas que florecieron en el Norte, en las que predominó, como se sabe, una asociación de elementos natulares divinizados, que hicieron melancólico el espíritu de la raza. El tono gris, la tristeza ancestral, son inconfundibles. El color fuerte, que ha caracterizado hasta ahora el tipo norteño en las telas, sólo se advierte en las fiestas, como un estimulante. El rojo y el verde subidos se destacan únicamente en las mantas criollas, no como rasgos típicos uniformes, sino particularmente como medio plástico para aliviar ese ambiente de penumbra en el cual se desarrolla y adquiere cuerpo el carácter suave, aunque un tanto terco del pueblo, la cuidadosa observación de las formas; el respeto a los usos antiguos, la invencible paciencia que suple a los hombres la falta de un espíritu más audaz para la ejecución de grandes empresas.

La capacidad de acción del tipo norteño se puede representar gráficamente por una línea horizontal de ondulaciones prominentes. Está bien observado que cuando la imaginación y las energías suben, la emoción estalla vigorosa y pujante, sin vacilaciones, desarrollando una extraordinaria agilidad mental y física. Pero casi inmediatamente se advierte el descenso de aquella fuerza motriz, que había tenido sus límites de tensión y duración en proporción inversa, operándose la siguiente fórmula: a elevación desmesurada de la energía, una rápida disminución y agotamiento. Es entonces cuando el cuerpo y el espíritu piden estimulantes enérgicos para su restablecimiento y enderezamiento, respectivamente. En las provincias de Salta y Jujuy se recurre a la coca. En Santiago del Estero y Catamarca, a la aloja, al alcohol, al baile, al canto, a la guitarra. Son músicos y poetas por necesidad. De ahí que se advierte una profunda tristeza en el alma santiagueña, tan acentuada, que se manifiesta hasta en sus expansiones íntimas. Una de éstas, es la vidala.

La vidala es, en efecto, la tristeza más honda de la raza, volcada sobre la música y el canto. Entre la vidala y la vidalita hay mil kilómetros de distancia. En uno de los extremos están: Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja. En el otro, Santa Fe, Buenos Aires y La Pampa. El general Lamadrid estimulaba y "componía" vidalitas. Aquella, la vidala, es la música suave, angustiada, llorada. La vidalita, en cambio, es la voz simple y alegremente ingenua de los paisajes siempre renovados. Se acuesta la vidala con los cantores y lloran juntos, abrazados a la caja, la pena más aguda. Y la caja rezonga de ese modo los lamentos de la ausencia, los desengaños, la agonía del fracaso, la vuelta al pago. Rezonga como un hombre atravesado por la hostilidad del bosque o la montaña, en su más aguda penetración artística.

Demasiado se sabe cómo se recurre en el Norte a la vidala y a la letra de la vidala para el reclutamiento de electores en las campañas cívicas de ahora mismo, para no recordar la época de los rojistas y los gorostiaguistas en Santiago del Estero. Es el mismo procedimiento de convicción utilizado por los conquistadores misioneros. Se la emplea como factor indispensable de penetración auditiva, porque la vidala, como ningún otro canto, entra desgarrando el alma hasta sus más secretos designios. Como el huayno y el yaraví del altiplano, es una voz solitaria y profunda, que nace en los caminos —la vidala en el llano, los otros en la montaña— cuando el poeta nativo regresa al rancho sórdido, cargado de penas, pero superado siempre en optimismos imposibles.

El panorama andaluz —de la Andalucía romántica y milagrosa de la Conquista— se presenta a los comentadores contemporáneos frente a la vidala. Lo primero que hicieron los españoles de la gran epopeya, fué cantar. Juan de Castellanos, entre ellos, entretenía a los soldados de Pizarro componiendo canciones heroicas. Y mucho después de apaciguados los ardores de la refriega, las cholas del Tucumán, fueron las primeras en recogerlas sobre las formaciones araucanas de Tiopunco, dándoles el sentido heroico y triste que tiene la vidala. La vidala, escala musical del alma para llegar al cielo de Pachacamac y Viracocha. La vidala, grito de raza mestizada. La vidala, voz angustiosa de los caminos.

Al comienzo de nuestra organización nacional, don Bernabé Aráoz, presidente de la efímera república del Tucumán, se había declarado enemigo del brigadier don Juan Felipe Ibarra, el tirano santiagueño. El más serio adversario de ambos gobernantes fué el coronel Abraham González y al servicio de éste estaba Juan Manuel Helguero, "el cantor de vidalas". Este hombre llegó a tener tanto ascendiente en el pueblo, por sus extraordinarias cualidades poéticas y musicales, que pudo tramar fácilmente una conspiración que convulsionó el partido de Burruyacú. El ya famoso y popular vidalero, cayó prisionero, sus bienes fueron a engrosar las arcas fiscales, pero su prestigio de cantor, quedó para siempre en el corazón del pueblo. Una de sus composiciones, "La Salipiqueña", dió origen a un ruidoso pleito sobre propiedad artística, entre Guillermo González, que la recogió en Silípica y Chazarreta, que con el nombre de La Telesita, la llegó a armonizar.

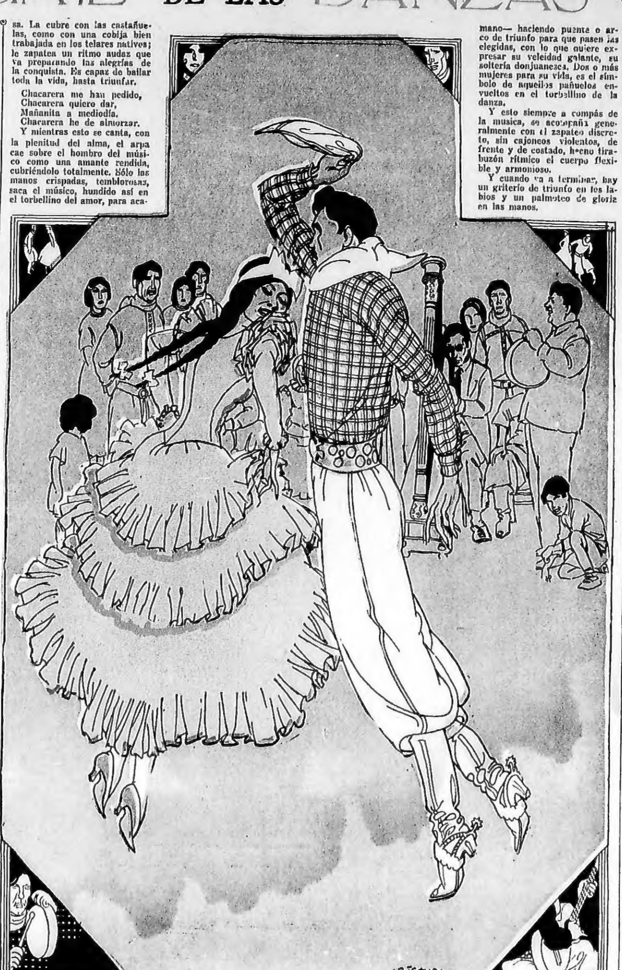
Vemos, pues, hasta qué extremos pudo llegar la vidala y qué papel tuvo en nuestro escenario político durante los cien años recorridos.

Pero con la chacarera, que es danza y música alegre de castañuelas y mudanzas, se puede decir que comienza el lenguaje simbólico de los primeros balbuceos amatorios. El que hace más mudanzas y figuras es el más gaucho y el más audaz. El que se hace entender mejor de las mujeres. Aquí la danza es la que opera el milagro. La mujer dice una cosa con las figuras y el hombre otra con el zapateo y los movimientos. Están de acuerdo las almas, pero no se ofenden con las palabras de amor, ni se tocan con la inquietud vesánica de los cuerpos. Saben, ambos, que hay en la sangre una correntada invencible de lujuria, pero se contienen con la mansedumbre atávica de la raza, al margen de los caminos de la pasión.

Habla la danza solamente. El hombre se acerca, se aleja; rodea la mujer, es decir: a la presa. La cubre con las castañuelas, como con una cobija bien trabajada en los telares nativos; le zapatea un ritmo audaz que va preparando las alegrías de la conquista. Es capaz de bailar toda la vida, hasta triunfar.

Chacarera me han pedido,
Chacarera quiero dar,
Mañanita a mediodía.
Chacarera he de almorzar.

Y mientras esto se canta, con la plenitud del alma, el arpa cae sobre el hombro del músico como una amante rendida, cubriéndolo totalmente. Sólo las manos crispadas, temblorosas, saca el músico, hundido así en el torbellino del amor, para acariciar la cabellera desparramada y tensa del instrumento. Otros hombres, mientras tanto, arrodillados ante el arpa, le cajonean el cuerpo para que vibre mejor; para que no se vaya en el desmayo.



En la chacarera el paisano se juega la primer carta brava del amor.

En el gato, —que es baile y canto— mucho mejor si es con relaciones, el gaucho ha encontrado su válvula de escape, cuando el alcohol hace desvariar audacias queshuas y la luz amarilla de los faroles atenúa el tono caliente de la reunión. Aquí se deja la tristeza para después, y se reconquista la alegría y la soltura perdidas. En las castañuelas, de origen español, se imita el largo rodeo de los animales de presa —el tigre, el león, el puma, el gato montés. La mujer, fuerte como el hombre, responde del mismo modo. Prolonga su defensa en el castañeteo y sólo cuando éste llega al zapateo violento —que es el lenguaje de impaciencia— aquella, ensanchando las polleras, como la tigre ensancha la fauces de su lascivia, da unas vueltas cerradas en la escena, aguardando el minuto urgente de la conquista. El hombre continúa el zapateo, cada vez con mayor violencia. Hace figuras audaces con los pies. Es un acróbata heroico. La bota, muchas veces, se convierte en puñal que es necesario afilar en el piso, delante de la víctima; o arqueando ambas piernas, hace cacharros anchos, llenos de aloja y mistol para la vida feliz.

Y así se llega a la relación —que viene a ser el intervalo de la primera con la segunda época del gato, o del amor.

¡No hay primera sin segunda!

Y la relación, de este modo es, en el baile, una broma alegre, dicha en versos humorísticos o declaración de amor, cuando hay interés en el futuro.

Los caudillos que se volcaban sobre la Confederación Argentina, fueron los más eficaces propulsores de la canción, la música y la poesía populares.

En Catamarca, en Santiago del Estero, en La Rioja, eran las vidalas, los gatos, las zambas, el bailecito, la firmeza, el minué mismo, los que reflejaban constantemente el vuelco formidable de la fortuna, los vaivenes de la política, el prestigio de la prédica y la tenacidad de la lucha.

La copla popular fué de este modo la mejor aliada de la tiranía. Presidía los actos públicos. Se dejaba oír y saborear en los momentos patéticos. A veces, una copla anunciaba en medio de la noche la muerte de los adversarios, el triunfo de la vincha roja, la presencia de la montonera, el propósito dominante de Facundo Quiroga, del Fraile Aldao, del tirano Ibarra.

Desde Cuyo hasta el litoral, del litoral a Buenos Aires, las carretas federales iban tejiendo sosegadamente la poética maraña orquestal de nuestro cancionero, recogiendo en sus obligados descansos lo más tierno de cada canto y dejando a la vez, lo que traían de lejanas tierras, con una despreocupación admirable en el solemne intercambio. De este modo la media caña, por ejemplo, tomó ubicación en Santiago del Estero y Tucumán.

POR

Carlos Abregú Virreyra

★

Ilustración de Rechain

Pero no sólo las carretas hicieron el milagro. Los soldados de ambas tendencias —la federal y la unitaria — desparramaron por el país el cancionero criollo al margen de todos los combates y aun en sucesos curiosos y culminantes, como el ocurrido en el humilde villorrio santiagueño de Vinará, en 1821, donde sellaron su paz interna santiagueños y tucumanos, representados por los diputados Pedro Miguel Aráoz, por esta provincia y Pedro León Gallo por Santiago, bajo la garantía del gobierno de Córdoba, que envió como delegado al Dr. José Andrés Pacheco, a fin de que interpusiese sus buenos oficios entre los pueblos beligerantes. Firmado el tratado de paz y restablecida por breve término la unión fraternal entre ambas provincias, sus representantes asistieron a un baile popular organizado en su honor en el mejor rancho de Vinará.

Allá, el Dr. Pacheco hizo conocer un gato que armonizó un músico popular y que más tarde llevó el nombre de Gato Cordobés. Este gesto fué, precisamente, uno de los más importantes actos de aquella solemne reunión. El baile hizo sellar la paz. Aráoz y Gallo formaron pareja en un gato con relaciones y dos niñas de la sociedad fueron sus compañeras ¿Es el primero y último caso? No, ciertamente. Muchas paces se podrían sellar en nuestro amplio territorio al son de la música, porque el sentido auditivo, más desarrollado que el plástico, en el tipo nacional, nos conduce a la generosidad y a la ternura.

Por ser así, y por venir del cruzamiento indo hispano a que nos hemos estado refiriendo, los criollos abrazamos aquí las profesiones habladas. El sentido plástico carece de frecuentación. Por eso la pintura y la arquitectura, por ejemplo, no han dado al país el creador genial que necesita. En el Imperio Incaico sucedía lo contrario. Los sentidos auditivo y plástico estaban equilibrados, el oído, la vista y el tacto se desarrollaban en igual proporción debido al sistema cultural impuesto por su sabia legislación. Lo que no ocurre en otros.

Es notable la afición que tenemos por las cosas emocionales y misteriosas. Preferimos ser poetas, periodistas, oradores, políticos, abogados, etc., a ser ingenieros y matemáticos.

La zamba se baila y canta con la agonía del amor en las manos. El violín se hace almohada para la cabeza dolorida del músico, empeñado en deshenebrar con el arco siempre en movimiento su angustia de siglos en alta tensión contemplativa. La guitarra se vuelve viuda aporreada y recibe, gozosa, el arañazo lírico de las manos, gimiendo hondo y claro, como si fuese feliz.

Es entonces cuando la música de la zamba adquiere sonoridades lógicas del altiplano y épicas del llano, para que las parejas saquen a relucir sus pañuelos e inicien su lenguaje de amor, dibujando arabescos en el aire o extendiéndolos a los pies de la mujer, como una alfombra de corazones rendidos.

A veces el hombre baila con dos pañuelos —uno en cada mano— haciendo puente o arco de triunfo para que pasen las elegidas, con lo que quiere expresar su veleidad galante, su soltería donjuanesca. Dos o más mujeres para su vida, es el símbolo de aquellos pañuelos envueltos en el torbellino de la danza.

Y esto siempre a compás de la música, se acompaña generalmente con el zapateo discreto, sin cajoneos violentos, de frente y de costado, hecho tirabuzón rítmico el cuerpo flexible y armonioso.

Y cuando va a terminar, hay un griterío de triunfo en los labios y un palmoteo de gloria en las manos.

La Zamba de Vargas es un ejemplo. El 10 de abril de 1867 se libró una gran batalla a 20 cuadras de La Rioja, en las inmediaciones del Pozo de Vargas, entre los últimos reductos de la montonera, al mando del general Felipe Varela y un "piquete" de 1700 hombres dirigidos por el general Antonino Taboada y formado por santiagueños y riojanos. El ejército de Varela se componía de 6.000 soldados, distribuidos en 6 batallones.

La superioridad era evidente. Don Ambrosio Salvatierra, veterano santiagueño en aquel hecho de armas, relataba así el milagro de la zamba.

—No tardó —dice— en oírse el primer cañonazo con que nos saludaba el ejército de Varela y el general Taboada ordenó al comandante Brizuela contestara con otro disparo de cañón. El doctor González, y el ayudante mayor ponen a escape sus caballos a fin de transmitir la orden, pero como el comandante Brizuela no tenía cañón, mandó que la banda de música catamarqueña tocara y ésta hizo oír una zamba, llamada desde entonces Zamba de Vargas.

El efecto fué extraordinario. Las tropas, electrizadas con los acentos del baile nacional, prorrumpieron en gritos y vivas al general Taboada y mueras al enemigo. Todos los soldados comenzaron a bailar, arremangándose el chiripá y tomando el fusil por el medio.

Poco después Varela era derrotado. La música y más que todo el desarrollo de nuestro sentido auditivo, el empuje emocional a que nos referimos ya, hizo el milagro. Nada tan conmovedor como este episodio heroico.

En todos los ejércitos ocurría lo mismo. Como en España, la música, la copla popular, han hecho grandes milagros.

Cuando los soldados carecían de instrumentos adecuados, componían coplas que cantaban haciéndose acompañar con el clarín del cuartel. Una de estas coplas se hizo famosa en Santiago del Estero, en la víspera de la llegada del general Arredondo. Dice así:

Levanten soldados
que las cuatro, son.
Ya viene Arredondo,
con el batallón.

Y respondía en coro la soldadesca:

Dejenló que venga,
dejenló venir,
que a fuerza de bala
lo haremos rendir.

En las filas unitarias de Lavalle, también se oía una copla, de origen español, que tenía igual acompañamiento. Tuvo extraordinaria popularidad en Madrid en 1808 y estaba dedicada a José Bonaparte. Decía:

Ya viene la ronda
José Primero;
con un ojo postizo
y el otro huero.

La que se escuchaba en las unidades del General Lavalle, decía:

Frente de la tropa
se acerca primero
un sargento rengo
con el ojo huero.

Más tarde, estas coplas sirvieron para otros menesteres. Unas veces para burlar la presencia de algunos tipos populares y otras para las relaciones de los gatos y las chacareras.

Yo soy el pobre soldado
que va marchando en la fila
cargado de su mochila
y de su dolor, cargado

dice una copla en tono menor, con muy hondo sentido místico, a la que acompañaba la guitarra o el clarín a falta de aquella.

En Catamarca, como en Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero, la música de las iglesias adquirió a su vez, mucho esplendor desde 1654.

Los frailes propagaron el gusto a la música sagrada, utilizando generalmente los villancicos; pero esta diferencia de la música que llamaremos criolla, como la zamba, el gato, la cueca, el bailecito y el bambuco, que ahora se bailan en Bolivia, difieren con la indígena en el modo eúlico, y no muchas veces en el modo pentagónico, sin denunciar fuertes influencias españolas.

Las melodías y los ritmos indígenas netos, en efecto, tienen poco de música religiosa ibérica. Pero, de todas maneras, se destaca ya, en esta época, el empeño con que San Francisco Solano en Tucumán y los demás músicos de la Colonia, como Orlando Lazo, Morales, Cosmes, Guerrero, Victorica y otros, trataban de abarcar empeñosamente las proporciones modulares del cancionero aborigen, imprimiendo insospechadamente la fantasía bizarra y creadora de ellos, con abandono de toda regla, próxima ya a la desviación de la cultura a que hemos llegado. En la zamba el lenguaje místico se mezcla con el épico en múltiples combinaciones, dando el tono amatorio que buscó "la intención".

La honestidad de los bailes criollos es simplemente decorativa. Hecha muy a propósito para convencer al patrón de la estancia, convertido en caudillo preponderante desde la Colonia.

Desaparece el barniz, cuando el lenguaje musical hace crisis en el símbolo de cada situación.

En el Escondido se advierte mejor que en ninguna otra danza, la ingenuidad solapada de nuestro admirable cancionero bailable. Pareciera, en vez de danza, un juego infantil entre varones y mujeres de una misma edad.

La mujer va a esconderse, presumida y esquiva, para ser buscada por el hombre, que lo hace danzando solo y zapateando fuerte, entre cantos y figuras de contradanza, rápidas y pertinaces.

Así en el rancho, cuando la realidad de los requiebros rompe la quietud de las siestas tropicales al margen del sueño y de los suspiros, en complicidad con el duende sombrerudo y travieso.

Si la encuentra, como tiene que ocurrir fatalmente, la consentida se presenta otra vez enarbolando su gracia y palmoteando su alegría al varón que le llega el turno de esconderse también:

Salí Escondido, salí
salí que te quiero ver,
aunque las nubes te tapen
salí que te quiero ver

Dice la letra de esta música sensual y chacotona.

Y el Escondido se acomoda, de este modo, al idilio primitivo y universal de los bosques o de las montañas.

Lo que al principio fué ingenuidad escolar, termina con un frotamiento respetuoso de manos varoniles sobre hombros admirables.

Si el verso nació, como afirma Jaime Freyre, de acuerdo al oído o al ruido del pie; de golpes rítmicos y musicales, es ahí donde se afirma mejor la teoría del poeta americano. Sin embargo, es necesario entrar con mucha precaución a la llamada copla popular norteña, respondiendo acaso, nuestra pregunta con una acertada opinión de Juan Ramón Jiménez sobre el arte popular exquisito.

¿Existe realmente?

Lo exquisito que se llama popular —dice el poeta ibérico— es siempre imitación o tradición inconsciente de un arte que se ha perdido. El pueblo que piensa, es como la madre que cuenta cuentos: amplifica. Si el trianero inculto que pinta sus cacharros o la mujer lagarterana que borda sus telas, se ponen a inventar, estropean el exorno. Lo hacen bien, pero copian inconscientemente un modelo escogido.

Es el caso de Salta.

Los octasílabos y otros versos menores, preferidos por los cantores populares, ilustran los gatos, las chacareras, las zambas, los bailecitos, etc.

Algunos de estos bailes, no obstante, tienen reminiscencias remotas, del tiri-tiri, danza bárbara que se agranda en las diversiones de ciertas tolderías del Chaco boliviano, sin llegar aun a nosotros.

La media caña galante, hija natural del minué y del pericón, que pudieron saborearse bien en los cuadros de la primera época, donde fueron figuras centrales de la danza los generales de la Independencia; o en la segunda, más definida y cruenta, bajo la protección federal en los cuarteles de Palermo o en la sala del gobernador.

Pero como el minué no decía nada al gauchaje, salió de las fiestas de Manuelita y se convirtió en media caña con castañuelas de jota aragonesa y zapateos, arqueada en sus mudanzas como una tacuara flexible y elegante.

Y se hizo popular, porque abandonó al piano colonial, con la boca abierta de par en par para mostrar su dentadura mecánica o simbolizar su hastío de las fiestas obligadas, por el violín proletario, prendido como un moscardón gigante al hombro del músico de arrabal, empeñado en espantarlo con la varita sinfónica, atormentado por el dolor de saber que le está chupando el alma mientras las parejas desfilan delante suyo en compases de pericón y minué populachero y cimbrador.

Es entonces cuando la luz pálida de los faroles a kerossene, en los bailes camperos, derrocha sobre los cuerpos vibrantes su enfoce amarillento, tan a propósito para rememorar ciertamente las noches del año 50.

Pero lo que comenzó gimiendo en las vidalas, transformándose luego en declaración de amor, o en ruego con la destreza de las zambas, los gatos, las chacareras, las media caña, etc., apresura ahora la llegada de la pregunta formal, casi a media noche, con la complicidad del alcohol en el tomo y obligo lenguaraz y pendenciero.

Y se presenta en escena el "cuando", danza solemne que da sus primeros pasos abriéndose cancha con la elegancia del minué federal, para convertirse en castañuelas y zapateos sin aspavientos.

Y el canto le ayuda en el lenguaje, para que se entienda mejor lo que quiere decir, confianzudamente:

Cuando será aquel día,
o aquella feliz mañana,
en que nos lleven, mi prenda,
el desayuno a la cama.

Antes el hombre se había burlado de sus amores en "La Resbalosa" o en "El Prado". Ahora, el baile es una pregunta pertinaz, avasalladora, bien chapoteada en la ansiedad de lo que ha de producirse.

A la mujer le toca, entonces, pedir al músico, terminada esta danza, la pieza que va por la respuesta: El "escondido", si ha de seguir coqueteando, "El triunfo" o "El llanto".

Con los estruendos se festeja la gloria del futuro, si la mujer, mostrando "la mazorca pareja de su dentadura, pide alzando la copa de las alojas "La firmeza" o "El serio", según la atmósfera en que se ha preparado el alambique del amor.





★ Rumbo al Polo Sur ★

ABAJO, en la profundidad, pululan crustáceos, medusas, pólipos, esponjas, lombrices y ostráceos. El agua sirve casi de vidrio de aumento, así que, ya antes de bajar las redes, se puede escoger desde arriba a los ejemplares más hermosos. Peces, focas y pingüinos desaparecen en el agua con una velocidad que tiene algo de fantástico, y su ruta está indicada por una argéntea línea de pompas de aire. En la superficie se encuentran diatomeas y algas, y la red está en continuo movimiento. Un día se apresa un verdadero monstruo marino, una medusa gigantesca de 45 k. de peso, con una campana rojo-azul de 75 cms. de diámetro y radios largos 5 m. y muy viscosos.

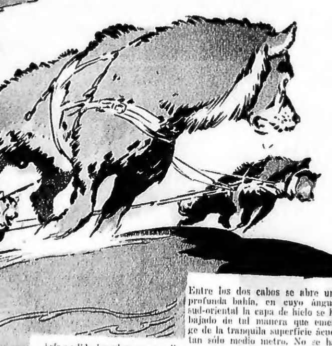
El Tormento de la Uniformidad

Empero la inmensa uniformidad empieza a trocarse paulatinamente en pena. El ojo tiene verdadera hambre de espacio, aunque pequeñísimo, de verde; las blancas y resplandecientes superficies a nuestro alrededor se tornan un martirio, tanto que la oscuridad de una caverna aparece refrigerativa y benéfica en la luz ininterrumpida y cansada del verano polar. Continuamente los participantes de la Expedición se preguntan cuándo llegará el barco... "Tendría que estar aquí", dicen. Mas la nave no aparece. Nadie se atreve a llevar el pensamiento hasta su conclusión... y, no obstante, ésta permanece como el punto central invisible de su vida. La nostalgia se hace cada día más fuerte, cada vez más angustiosas las miradas se dirigen hacia el norte, los anteojos son arrancados de las manos... ¿Dónde se quedó nuestro barco...?

LA dura y despiadada odisea de la expedición Borchgrevink. La lejanía antártica: sus límpidos abismos y hermosos monstruos, su infinita luz blanca, sus galerías de basalto amarillo, sus volcanes de nombre mitológico y de negra humareda, sus silenciosos pájaros.

¡El Correo! ¡El Correo!

Todos están una mañana profundamente dormidos. De improviso, una mano vigorosa hace temblar la mesa, y una voz fuerte ruge: "¡El correo! ¡El correo!" Todos se despiertan y se lanzan precipitadamente fuera de las habitaciones: en el centro del cuarto está el capitán de la nave expedicionaria, Jensen. El regocijo general está un poco turbado por el recuerdo del compañero recién fallecido, pero luego todos agarran rápida y premurosamente las cartas que les son entregadas. Son las primeras noticias del mundo, del cual estamos separados hace catorce meses. En la choza reina un profundo silencio, y cada uno está ocupado con sus cartas, las que llevan noticias buenas, pero también tristes. La patria lejana ha tenido su ingreso en la choza, y ojos húmedos se fijan melancólicos en el vacío. Mas, un paquete de cartas permanece intacto sobre la mesa...



¡Adelante Hacia el Polo!

El capitán Jansen había llegado, remando, en ballenera, mientras que la nave misma, arrastrada por el hielo, atracó apenas hacia mediodía. En seguida empiezan los preparativos para el embarco de los expedicionarios. No hay que perder un solo día, si se quiere aprovechar el resto del verano para proseguir el viaje hacia el Sur. Colecciones, armamento y víveres son transportados a bordo, los perros enfermos y defectuosos fusilados; en la choza dejamos carbones, víveres incorruptibles, un amplio informe sobre el curso de la expedición, algunas fotografías: todo esto para el caso de que nuestro barco, la "Southern Cross", no vuelva más. Una última visita a la tumba del muerto camarada, y luego la nave abandona la bahía Robertson para internarse en el mar de Ross, así llamado por el nombre de aquel gran inglés que lo había cruzado sesenta años antes. Si el destino nos es propicio, talvez se logre ver de aquel mundo, que nadie ha desde entonces alcanzado, más de lo que a Ross le fuera permitido.

Un paisaje fantástico

Un día — estamos ya en febrero — la "Southern Cross" echa el ancla en la bahía de Wood a los pies del volcán Melbourne, una pirámide helada de 3.000 metros de altura. El volcán ya no tiene ningún penacho de humo; sólo se observa, debajo del cráter, un collar de nieves revoloteando como en un gran remolino. Borchgrevink, el capitán, y todos los sabios reman hasta alcanzar tierra, pero, apenas llegados, desde la nave se les dan señales de estar alerta, porque ella misma tiene que buscar refugio en alta mar para no quedar bloqueada y destruída por las enormes masas de hielo flotantes. Doce horas los investigadores se detienen sobre la ribera libre de hielo, la que conduce a un paisaje volcánico y realmente fantástico. Después de haber pasado a través de cuevas y corredores sostenidos por columnas de basalto poroso, trepan hasta el borde de una gran caldera, una de cuyas paredes parece haber sido volada por una inmensa explosión. Por doquier lava, pómez, trozos de basalto de todos los colores, desde el rojo y el amarillo hasta el verde y el azul, escorias y cenizas. Para alcanzar nuevamente el barco, los investigadores tienen que arrastrar el bote por un largo trecho sobre el hielo que se ha cerrado sólidamente.

POR

ENRIQUE H. HOUBEN

ILUSTRACION DE RECHAIN

El Penacho Humeante del Erebo

Algunos días después se vislumbran los gigantescos volcanes Erebo y Terror, cuyo descubrimiento había constituído la principal sensación de la Expedición Ross, sesenta años antes. Del cráter del Erebo, alto más de 4.000 metros, salen en el aire frío y claro, como de la chimenea de una locomotora, negras y densas nubes de humo. De pronto se hace visible también la barrera de hielo, que se extiende desde el cabo Crozier hasta el horizonte, como si fuese la obra exterior de la inmensa fortaleza de hielo que encierra los encantos misteriosos del Polo. Una ballenera se destaca del costado del barco llevando a Borchgrevink, el capitán Jensen, el teniente Colbeck y dos marineros. Atracan a una angosta raya de la ribera, la que se encuentra llena de morillos. Las formaciones rocosas son tan originales que se quiere fotografiarlas: el teniente vuelve por eso al barco con los marineros, para tomar el aparato. Cuando el bote se acerca de nuevo a la playa, empieza de improviso a tronar con gran fragor arriba, en la altura. El trueno sigue rugiendo, y del enorme ventisquero del Terror desciende, volteándose, un gigantesco alud de nieve: un pedazo del ventisquero se ha separado de la mole principal, millones de toneladas de hielo, de un resplandor azul, están precipitando en el mar y una ola, alta como una torre y cuya corona espumosa va ya dibujándose claramente, se lanzará dentro de pocos segundos sobre la costa para arrasar con todo lo que encuentre.

Una Situación Horripilante

Los marineros y Colbeck reman con todas sus fuerzas para recoger en el bote a Borchgrevink y Jensen, que se habían quedado en la ribera, pero llegan demasiado tarde. Los dos habían alcanzado de un salto el punto más alto de la pendiente y están ahora trepando por las peñas. Ya la ola se ensaña contra sus cabezas, eleva sus cuerpos en alto y los arroja de nuevo contra la pared del peñasco. Mas un arrecife a la izquierda ha roto la violencia de la primer ola, y las siguientes no tienen ya el mismo furor. Cuando el bote llega rápido y crujiendo a la playa, los dos están todavía medio aturdidos, maltrechos y sangran de muchas heridas. Las olas han lavado las peñas hasta una altura de seis metros, arrancando consigo enormes pedazos de roca. Algunos bloques yacen en el preciso lugar donde estaban antes Borchgrevink y Jensen. La escena horrenda duró solamente pocos minutos, pero para los espectadores del barco esos momentos parecieron horas.

Tormenta, icebergs y frío

El 11 de febrero se celebra una fiesta a bordo: la nave cruza el 79° de latitud sur, mientras que Ross había llegado sólo hasta el 78°. Mas, la fiesta es algo turbada por un iceberg que roza el barco tan de cerca que la antena inferior lo toca. El día siguiente estalla una horrible tormenta. La barrera de hielo está ya fuera de la vista, icebergs colosales se muestran alrededor nuestro a través de nimbos de nieve empujados furiosamente por el vendaval. El mar embravecido invade nuestra cubierta: olas espantosas, una tras otras. Los chorros de agua se hielan en seguida al contacto con la cubierta. A mediodía hay ya un pie de hielo a bordo; grúas, velas y árboles aparecen envueltos en una gruesa capa de hielo; en el puente de comando, donde Jensen y yo estamos desde las 7 de la mañana, se pueden apenas moverse. El frío pica las caras como agujas. Los perros sufren terriblemente por efecto de la mojada, se deshacen bajo la acción del hielo que cubre sus cuerpos, no pueden ni sostenerse en pie, ni acurrucarse, ni tampoco tomar alimentos. El barco esconde su nariz en el fondo del agua, porque la carga de hielo sobre la parte anterior deprime por su peso la proa. En ningún sitio, un lugar de descanso; por doquier un frío extremadamente rígido. ¡Mas hay que investigar, bajo cualquier circunstancia, la gran barrera!

La Puerta del Polo Sur

Algunos días después se dibuja en la lejanía la línea blanca y uniforme del hielo, que corre paralela a la superficie del mar y termina en un cabo de 30 m. de altura. Al acercarse, se comprueba que cerca de 800 m. hacia el Este emerge otro cabo igual, detrás del cual la barrera va extendiéndose muy lejos, hasta el horizonte. Entre los dos cabos se abre una profunda bahía, en cuyo ángulo sud-oriental la capa de hielo se ha bajado de tal manera que emerge de la tranquila superficie ácuea tan sólo medio metro. No se habría podido imaginar un muelle o puente mejor para amarrar. Aquí está la puerta natural hacia el Polo Sur, la que no se puede no utilizar. Mas, por otra parte, un desembarco va acompañado de grandes peligros, por cuanto la barrera de hielo puede variar a cada hora de aspecto y cerrar rápidamente la puerta; en este caso el barco caería en una trampa, de donde podría salir, si todo siguiera bien, sólo después de un año. ¿Transcurrir otro invierno en la inmensa soledad polar? Imposible: los ánimos no están dispuestos para eso. Empero, un salto sobre la barrera hay que intentarlo. En la tarde la nave amarra al puente natural de hielo. Un pingüino solitario está allí de guardia y mira con ojos desconfiados a los extraños visitantes.

Sobre la Gran Barrera de Hielo

Un ligero trineo y doce perros son aprestados. Una voz fuerte de comando resuena: "¡Listos!" Se va adelante sobre un camino completamente llano. A la altura de 35 m. la barrera de hielo no sube más: la blanca superficie parece perderse en la infinita lejanía; sólo aquí y allá se destacan cúmulos de hielo como pequeños volcanes. En el sud-este, se diseña una línea oscura, y una hora después ella es alcanzada: se trata de una gran pared de hielo, a lo largo de la cual el trineo se desliza por un buen trecho. Más del tiempo convenido ha ya transcurrido, y la temperatura ha bajado de 24 grados a 32 (bajo cero). Se ha alcanzado la máxima latitud sur que un pie humano ha pisado hasta ahora. A la una de la tarde Borchgrevink, con sus acompañantes, está nuevamente en el barco. Doce horas después la "Southern Cross" abandona la barrera de hielo y la puerta del Polo. Pero se había entretanto formado en el mar una cubierta de hielo tan sólida, que se debió antes cavar un canal para que el barco pudiera arrancar.

La Despedida de la Antártica

Lenta y pesada, en lucha incesante con hielo y tempestades, la "Southern Cross" gana la alta mar en dirección hacia regiones más templadas. Algunos pingüinos que la Expedición se llevara consigo, no resisten más el calor; el 11 de marzo, a una latitud sur de 58° 19', el último pingüino sobreviviente y ya moribundo, es tirado al agua. Empero, apenas está en su elemento, se siente renacer, zambulle un par de veces como si hubiera readquirido sus fuerzas, luego emite un agudo y corto grito de despedida y júbilo, y se lanza como un torpedo hacia el Sur. También a los hombres el cambio de temperatura ocasiona algunas molestias, y el médico tiene mucho que hacer. Aparece el primer país de verde vegetación, y es saludado con intenso júbilo. ¡Por fin de nuevo el fresco verde, plantas florecientes, coronas de árboles y aguas de fuente fresca! Para los expedicionarios al Polo Sur, esto significa la reconquista del Paraíso!

¡Una mujer! ¡Una mujer!

El 31 de marzo el barco alcanza la Isla de Stewart. ¡Una mujer! ¡Una mujer!, ruge, presa de entusiasmo, uno de los expedicionarios. Cuando el barco amarra a la orilla, se desliza de un bosquecillo un maori mestizo. Borchgrevink saluda y pregunta: "¿Podemos recibir aquí algunas hortalizas en cambio de plata y buenas palabras?" — "Aquí no, en la otra parte de la isla, sí", responde el maori, que mira con desconfianza a los recién llegados. "¿Qué barco es este?" — La "Southern Cross", se le contesta.

El rostro oscuro del maori se esclarece en seguida. "¿Se halla a bordo Borchgrevink?" — "No" — "¿Muerto?", sigue preguntando. — "No, se encuentra frente tuyo". El indígena se queda ahora como transformado: uno de sus amigos, el maori Joe, había sido camarada de Borchgrevink en el "Antartic" (1894). Joe había fallecido hace mucho tiempo, pero el amigo conocía su historia. El maori condujo a los extranjeros a la próxima aldea de pescadores, donde la tripulación tenía que descansar algunos días. Borchgrevink se adelantó en un vapor costero y llegó en la noche a Nueva Zelandia. Allí entregó los primeros telegramas sobre su regreso. El día siguiente lee en los diarios que su esposa había llegado a Adelaida, sin que entre los dos hubiera habido entendimiento previo alguno. Habiendo estallado la peste en Sidney y Melbourne, Borchgrevink advierte a su mujer de marchar en seguida a Hobart, a donde él mismo llega el 6 de abril, recibido con gran entusiasmo por la población. Diez días después atraca también la "Southern Cross".

Así ha terminado un viaje, rico en aventuras, pero aun más rico en prestaciones, actos heroicos y resultados científicos.

Museo de la Confusión

La vida de una matrona, de una niña de sociedad, de un gentleman rider, ha constituído siempre un motivo de preocupación para los habitantes de la quema, de la Avenida Alvear, de Villa Luro y de Plaza Hotel. Ciertas revistas y diarios, ateniéndose al interés enorme que despierta entre los lectores la noticia del último resfrío o del próximo pañuelo del apellido en doblete García Menú, o González Frigidaire, dedican una especialísima sección que titulan Carnet Social, etc., y que a veces firman personajes tan insospechables como: La dama duende, la Marquesa del Crespón, Je Sais Tout y otros desconcertantes sinónimos. Si una persona por ejemplo quiere saber a qué hora cierto mamífero se pone las Media y Mitre para salir a la calle, cuándo recurre a la robe de chambre, el instante preciso en que pasa del fumoir al living-room, en qué piensa cuando juega al golf y otras noticias, no tiene más que recurrir a esas secciones.

Los chismes, como es natural, cunden rápidamente por esas columnas. Que la señorita Gelatina Fiat Lux goza de buena salud, igual que su encantador surprise baby, después de la operación siderúrgica a que fué sometida; que la última lata de sardinas fué abierta en el Club de Pescadores de Mar del Plata; que el joven Mazoco Díaz Araca todo forrado en lamé guarda cama como resultado de una tómbola llevada a efecto en un támbolo de la estancia de sus genitores, etc., son informaciones comunes de las Marquesas, Duendes y Je Sais Tout.

Los veraneos, los invernáculos, los camping-bridge, los garden-footing, el surprise caddie, el velorium tremens y demás actividades sociales se destacan gracias a estas plumíferas. La que más me ha llamado la atención últimamente es sin lugar a dudas Je Sais Tout. Sus efluvios se hacen sentir en dos formas: una, radiotelefónicamente, por L. S. 3 y la otra inclinada al pápiro de una página de cierto mañanista que circula a razón de 0,05 el ejemplar.

Tanto en el papelario como frente al micrófono, la sección que dirige se titula La Página Mundana y en ambos medios de difusión toda crónica comienza así:

Buenos días, tesoros: Je Sais Tout de La Página Mundana, os saluda.

tras lo cual circula el mate tibio y la regadera.

El domingo 22 de abril apareció una de las acostumbradas en el diario de referencia. Después de algunos prolegómenos, da cuenta de lo siguiente:

Hoy me siento de muy buen humor, así que voy a hacerles la parodia de mis charlas diarias telefónicas para conseguir noticias sobre partidas de bridge. Trac, trac, trac, trac, 44-0000.

¡Haló! ¿Con lo de X? ¿Está Cristinita?

—¿De parte de quién?

—De Je Sais Tout; no la moleste: pregúntele si va a tener partida hoy, y quiénes van...

—Manda decir la señora que sí, pero que por favor no diga nada, porque es muy en "petit comité".

Trac, trac, trac, trac: 44-0000. Haló! ¿Con lo de X? ¿Está la señora Celia?

—¿De parte de quién?

—Habla Je Sais Tout; dígale que sé que hoy tiene partida, y que si puede decirme quiénes concurrirán.

—La señora ha salido, pero, por favor, no anuncie nada porque es muy en petit comité.

Trac, trac, trac, trac: 44-0000. Habla Je Sais Tout. Sé que la señora Ema tiene bridge en su casa esta noche. ¿Quiere decirle, por favor, que me diga quiénes van?

—¡Haló, Je Sais Tout! Le ruego que no publique nada; no vale la pena: es muy en petit comité.

Como ustedes ven, ratones, tendrán que resignarse y quedarse con la intriga, de hoy en adelante, de saber quiénes son las más asiduas concurrentes a las partidas del aristocrático e inofensivo juego.

Dejando a un lado lo molesto de estos ruidos, inadecuados además, para una croniqueuse mundana, pues bien podía haber acostumbrado su aparato a decir frac, frac, frac, frac, noto con sorpresa que el funcionamiento de este teléfono es bastante anormal. No me explico cómo con cinco ruidos se puede dar abasto a las seis cifras juncaleras o de Plaza. Enigmas del telefonema. Es de lamentar que el passepartout de la página mucama no haya conseguido más noticias roedoras y nos deje así en la inquietante intriga de qué lauches habrán formado parte de esos petit comité aristocráticos e inofensivos. Más adelante dice la cronista en otro pasaje sociable:

y aunque así no fuera, lo mismo iría, porque el ratón Pérez me anunció que estaba de comida en "La Maninita", el magnífico chalet.

Si el ratón Pérez la ha invitado a comer el mejor sistema antes de ingerir cualquier plato, será una rápida revisación de ollas, pocillos, sartenes y cacerolas para cerciorarse de que las sopas, bocadillos, niños envueltos y café moka no estén confeccionados únicamente con Pérez y presenten un gusto a ratón que escandalice al petit comité. Finalmente lo que sigue:

Puedo asegurarles que lo de Dolly con Alberto S. M., es un hecho, y cuando Je Sais Tout canta las cuarenta, es porque la partida está ganada. Y verán si hablo o no con fundamento; el día que recibió María Inés Casado, estuvieron todo el tiempo juntos como novios, y anoche en "La Maninita", ídem, lo que quiere decir compromiso en puertas.

Así me gusta, ratones masculinos! Es mucho mejor casarse, formar su hogar, y no perder la juventud, las energías y la fortuna en diversiones tontas.

Es indudable que el himeneo ofrece mayores ventajas que un queso de bola, una trampera, un gato sin guantes, una serie de conversaciones telefónicas ruidosas y estériles, una epidemia de peste bubónica o medio kilo de arsénico. En cuanto a



la rara situación de que cuando Passepartout canta las cuarenta gana, creo que es un caso general de los tute party. Salvo casos aislados de tenidas con algún ratón, yo también he gustado de esos triunfos.

POR

Animula Vagula

★

Turista. — Méjico y Quito no es una esquina, sino sólo parte de una estrofa del Himno Nacional.

Cleptómano. — Dudo del éxito que pueda obtener en el Museo de Arqueología. Lo de las cucharitas de plata es factible, no así lo referente al álbum de estampillas, las colecciones de mariposas y de cactus y a la colmena de abejas.

Precavido. — El refrán: más vale pájaro en mano que cien volando, no debe tomarse tan a pecho. Si lo que Vd. tiene en la mano es un cóndor, un pez volador o un aguilucho, es preferible que sigan volando con los otros cien y no eternizarlos sobre el dedo índice, como pretende.

Plagióstomo. — El pantógrafo, el papel carbónico, el compás de reducción, el ferro prusiato, un par de tijeras y un transparente, son cosas indispensables en una buena plagioteca y pueden alternar con éxito la enciclopedia británica, el petit Larrouse, el dorso de algunos boletos de tranvía y la guía telefónica.

Curioso. — Sí, señor; en la farmacia Franco-Inglesa existe ese letrero que dice: "Es necesario satisfacer al cliente, cueste lo que cueste. Por supuesto, esto no indica que para conseguir diez centavos de pasta de urucú sea necesario dedicar cinco pesos al soborno del idóneo, 1.75 para el químico farmacéutico y 3.50 entre el cajero y el toxicólogo, aumentando en más de diez pesos el importe de nuestra compra. Tenga confianza.

Filólogo. — Paranáminis, Paranáminises, y Paranáminis...

El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez



CRITICA, REVISTA MULTICOLOR.— Mayor circulación sudamericana.— Buenos Aires, Mayo 5 de 1934.

Un Asesinato



Un día que Enrique IV pasaba cerca de los Inocentes, un hombre vestido de verde, de rostro lúgubre y siniestro encuadrado por una cabellera bermeja, le gritó como en un lamento: "En el nombre de Nuestro Señor y de la Santa Virgen, te hablo!" Pero no lo dejaron continuar.

Este hombre era Ravaillac, futuro regicida, quien pensaba que no estaba bien matar al rey sin advertírselo y que por este medio quería hacerle saber su intención de asesinarlo.

Muchas personas sabían que el "asesino" del rey estaba en París, que vestía traje verde, que era rojizo el color de su pelo y que la fecha del asesinato estaba próxima. No obstante esto, todas las circunstancias favorecieron la realización del atentado.

A pesar de su aparente indiferencia, el mismo Enrique IV, temía la llegada de la fecha predicha por los astrólogos. Los días 13 a 14 de mayo le serían fatales. La noche del trece, no pudiendo conciliar el sueño, procuró rezar; en la mañana del catorce, su hijo Vendome le previno que, según un tal Labrosse, no pasaría de ese día. El rey recibió la noticia con simulada despreocupación y afectando reír.

Una de las personas a quienes Ravaillac había revelado que mataría al rey, era Mme. d'Escomán, amiga de Mme. d'Entragues, amante del monarca, caída en desgracia. Asustada por la gravedad de la noticia, envió avisos durante un año entero, advirtiendo a todo el mundo de la amenaza que se cernía sobre el soberano; los avisos fueron interceptados en el Louvre por la reina y tanto ésta como los jesuitas le hicieron saber que se ocupara de sus propios asuntos. Posteriormente fué encarcelada.

Francisco Ravaillac había nacido en Angulema, era de talla mediana y recia contextura, hijo de una madre piadosa y devota, siendo su padre procurador judicial. Había sido sirviente de un consejero del Parlamento, novicio en un convento de París y maestro de escuela en su ciudad natal y siempre muy vinculado a los monjes y los clérigos.

Estuvo acusado de asesinato en Angulema, permaneciendo un año en prisión, de la que salió por falta de pruebas, ya que la causa de su detención fué principalmente su carácter sospechoso y su rostro de asesino.

A su salida fué nuevamente encarcelado, esta vez por deudas contraídas durante su encierro, distrayendo sus ocios en la prisión con la lectura de libros de teología, especialmente el tratado del padre Mariana, en que el autor defiende el regicidio cuando los monarcas profesan ideas heréticas.

Cuenta Michelet que, a su salida de la prisión Ravaillac sufrió alucinaciones y visiones, una de las cuales describe: "Una vez, encendiendo el fuego vió que un sarmiento de viña que tenía en sus manos se alargaba y cambiaba de forma. El sarmiento siempre desempeñó un papel importante en materia de sortilegios; un sujeto más modesto sólo hubiera visto en ello una ilusión diabólica, pero él, orgulloso, lo interpretó como un milagro divino: la guerra santa, pues a derecha e izquierda manaban torrentes de hostias sagradas".

Otra vez, tuvo otra visión al pie mismo del altar, al comulgar en la festividad de Pascua, lo que fortificó su decisión; y en otra ocasión, en que dudando de su misión purificadora, huyó de París, sólo llegó a Etampes, ya que al enfrentar las puertas de esta ciudad se le apareció un Cristo crucificado, cuyas llagas sangraban y cuya lamentable figura le recordó que la religión estaba crucificada por el rey. Suspendió su marcha y dirigióse a París dispuesto a consumar su proyecto.

El 14 de marzo de 1610, Enrique IV recibió un aviso de muerte, que no hizo sino afirmar sus siniestros presentimientos.

El duque de Sully encontrábase enfermo en el Arsenal y deseoso el rey de visitar a su amigo, ordenó que prepararan la carroza para las cuatro de la tarde. Lo acompañaron en la visita los duques de Epernom y de Montbazon, quienes se sentaron al lado del rey, el mariscal de Lavardín, los duques de Roquelauve y de la Force y los señores de Merebeau y de Liancourt. No llevaba ninguna clase de escolta militar y sólo algunos lacayos los seguían.

Al desembocar el carruaje en la calle de la Ferronnerie, debió detenerse por causa de una obstrucción producida por una carreta de heno que vino a chocar con un carro que transportaba vino.

Las cortinas de la carroza estaban levantadas, pues el calor era sofocante.

Ravaillac, que seguía el cortejo de de el Louvre, lo alcanzó en ese lugar, trepó al eje de una rueda e hirió al rey.

—"Estoy herido", gritó éste.

En ese momento levantó los brazos, lo que aprovechó el asesino para dar un segundo golpe, que le atravesó el corazón, matándolo instantáneamente.

Un tercer golpe desgarró la manga del traje del duque de Montbazón.

Los caballeros que acompañaban al rey no se habían dado cuenta de lo sucedido, distraídos por la confusión producida por el choque de las carretas y comentando alegremente los insultos y juramentos que proferían los conductores.

Cuando el asesino hubo consumado el atentado, el duque de Epernom, que acababa de oír el lamento del rey, comprendió lo que sucedía y cubriendo la cara de éste y ordenando que bajasen las cortinas, gritó que estaba solamente herido y mandó volver al Louvre.

El cadáver real fué recibido por la familia y recostado en el lecho, revestido por una túnica de seda blanca.

Posteriormente fué depositado y enterrado en la iglesia de Notre Dame.

María de Médicis, segunda esposa de Enrique IV, había hecho siempre ostensible oposición a la política y proyectos del rey y aliada al duque d'Epernom, que sostenía al partido español en Francia, en tanto que Enrique luchaba por la destrucción de la casa de Austria.

Todas estas circunstancias hicieron sospechar que conocía y aun que preparó la muerte del rey.

Durante el proceso que se inició a Ravaillac, sólo se persiguió el castigo y la expiación del asesino, sin entrarse en mayores averiguaciones sobre la posible existencia de cómplices y encubridores.

En tanto, Mme. d'Escomán, que continuaba en prisión, hizo oir su voz y acusó formalmente al duque d'Epernom, a la marquesa de Verneuil (Enriqueta d'Entragues) e indirectamente a la reina.

Entendió en esta acusación el Parlamento, quien hizo declarar a la d'Escomán en sesión secreta e interrogó a los acusados, los que al defenderse se querellaron por calumnias contra la acusadora, solicitando su condena a muerte.

El asunto terminó con una declaración del Parlamento, por la que no se absolvía a los prevenidos, pero no se tomaron medidas "vista la calidad de los acusados". La d'Escomán permaneció en prisión, y más tarde, presidiendo en "Las arrepentidas", en una celda construída en una torre levantada al efecto, que sólo recibía aire y luz a través de una enrejada abertura.

Después de su crimen, Ravaillac permaneció detenido en el palacio de Retz durante dos días, permitiéndosele recibir visitas, desfilando por su prisión grandes personajes, entre otros el padre Catton, quien le recomendó "tratar de no afligir a la gente de bien".

Al ser transportado a la conserjería comenzó el interrogatorio y el proceso que tuvo lugar en sesión secreta.

El crimen de lesa majestad se castigaba con horribles suplicios: descuartizamiento, siendo previo el ser atenazado. No pareciendo suficiente este tormento, el procurador del rey, La Guesle, después de hojear los viejos archivos de penas y torturas, requirió se aplicaran al condenado, además del suplicio ordinario, el del plomo fundido, el aceite y la pez hirviendo y otro a base de una mezcla de cera y azufre.

Todo fué concedido por el generoso Parlamento.

El 27 de mayo, Ravaillac fué entregado al verdugo.

Al salir de la conserjería, el condenado experimentó la más grande de las sorpresas: esperaba que el pueblo lo aclamaría y lo bendeciría, en tanto que grandes esfuerzos costó a la guardia arrancarlo a las iras de la muchedumbre enfurecida.

Al llegar al pie del cadalso, exclamó: "Bien me han engañado los que me convencieron de que mi acción sería bien recibida por el pueblo".

Por fin, fué puesto en manos del verdugo, quien ejecutó la sentencia al pie de la letra. Antes de ser descuartizado, cuando su cuerpo sangrante no era sino una llaga viva, declaró que iba a hablar. Su declaración fué recogida por un amanuense, pero desapareció el mismo día.

El descuartizamiento se practicó por medio de cuatro caballos atados a sus extremidades y como la cosa duraba mucho, un caballero ofreció su vigoroso caballo. Inmediatamente comenzó el desmembramiento hasta que el tronco palpitante cayó contra las piedras del suelo.

La muchedumbre impidió al verdugo quemar los despojos en la hoguera, según la costumbre, disputándose los pequeños pedazos, que conseguían a fin de reducirlos a cenizas por sus manos, y algunos paisanos trasportaron estos trofeos de odio hasta los más remotos rincones de Francia para que todos los vecinos tuvieran la satisfacción de contribuir en parte a la venganza.

POR

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de

Juan Sorazábal

Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*





